LOS HOMBRES de la historia

La Historia Universal a través de sus protagonistas

66

Maquiavelo

Centro Editor de América Latina

Sergio Bertelli



En la segunda mitad del siglo XV Italia pasa por un período de equilibrio político: sobre el mosaico medieval se ha constituído un sistema de Estados que se reparten el territorio y la influencia, mediante alianzas que aseguran su estabilidad.
El reino de Nápoles, bajo la influencia de Aragón, es también objetivo de la monarquía francesa que está en situación de reivindicar derechos sobre la región y obtener de ello un punto de apoyo para una intervención en la península.
Al mismo tiempo, la unión de las casas de Aragón y Castilla en España dará a la corona española derechos semejantes para defender y aún extender sus posiciones en ella.
En el centro de Italia, el Papado y Florencia se dividen el territorio y la influencia política. El Papado entra en la segunda mitad del siglo XV con una posición firme y con una política renovada y decidida a reconquistar las ciudades, sobre todo en la Romaña, que se habían independizado de su autoridad y convertido en señoríos locales. En este propósito coinciden los esfuerzos de personajes de tan opuestos intereses personales como César Borgia y Julio II. Vecina a los territorios papales, Florencia mantenía con Roma estrecho contacto y aspiraba a dominar toda la Toscana, propósito que realiza en este período, dominando algunas ciudades por la fuerza como en el caso de Pisa, atrayéndose otras amistosamente, como Pistoia, o manteniendo una actitud laxa como en Siena.
En el norte, Venecia y Milán se reparten la hegemonía. La primera mientras apoyó su grandeza en su poderío marítimo y su comercio extraitaliano no demostró interés en los asuntos de Italia; pero al aparecer los turcos en el Mediterráneo sus perspectivas cambiaron y se volvió hacia el interior. Las potencias vecinas - el Papado, soberano de la Romaña, Milán y Florencia - advirtieron el peligro de este cambio de posición de una potencia con la cual ninguna de ellas podía competir aisladamente en recursos económicos ni en poderío y todas se pusieron en guardia.
Restaría señalar que las grandes potencias extraitalianas, en las postrimerías del siglo XV, aprovechando en parte esta situación, intervienen en forma creciente en la península; como corolario, al cabo de las dos primeras décadas del siglo XVI, los estados italianos dejan de tener significación en Europa, inclinados ante el nuevo amo, el emperador Carlos V.
Es en este contexto complejo donde debe ubicarse la obra de Maquiavelo analizada en el presente estudio. Estrechamente determinada por circunstancias de la Italia de su tiempo, la obra puede ser mal interpretada si no se tienen presente aquellas; colocada en cambio dentro del marco que le proporciona la época de su creación, sus tesis fundamentales adquieren sentido y densidad y el llamado "maquiavelismo" se despoja de los caracteres con que lo califica una consideración superficial.
Nicolás Maquiavelo nació en Florencia el 3 de mayo de 1469 y murió en la misma ciudad el 21 de junio de 1527.

Ultimos títulos publicados en esta colección:

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán.
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Lisa Baruffi, Mirella Brini, Ido Martelli, Michele Pacifico.

66. Maquiavelo - Del Humanismo a la Contrarreforma

Este es el séptimo fascículo del tomo Del Humanismo a la Contrarreforma.
La lámina de la tapa pertenece a la sección Del Humanismo a la Contrarreforma, del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo Nº 66:
Alinari, Florencia: p. 172 (1); p. 173 (2); p. 176 (1); p. 180 (1,2); p. 192 (1,2); p. 194 (1).
Arborio Mella, Milán: p. 191 (1,2).
A. Zennaro, Roma: p. 184 (1).
Scala, Florencia: p. 187 (1).
Margua Antichitá, Florencia: pp. 182-183.
Snark International, París, tapa.

Traducción de Miguel Masciálino

Centro Editor de América Latina S. A.
Piedras 83 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A. - Luca 2223, Buenos Aires, en agosto de 1969.

Maquiavelo

Sergio Bertelli

1469
Nace en Florencia, el 3 de mayo, del señor Bernardo Nicoló di Buoninsegna y de Bartolomea de Nelli.

1496
Es enviado a Roma por los Maquiavelo para defender una causa beneficiaria de la familia.

1498
18 de febrero. Es candidato a la función de segundo secretario en la segunda Cancillería del Palacio.
9 de marzo. Escribe al orador florentino en Roma Ricciardo Becchi, comentando la predicación de Savonarola.
23 de mayo. Gerónimo Savonarola es ajusticiado en la Plaza della Signoria.
15-18 de junio. Maquiavelo es designado canciller de la segunda Cancillería.

1499
24 de marzo. Realiza su primera legación ante el señor de Piombino.
12 de julio. Se lo envía como legado ante Catalina Sforza Riario.
Escribe el *Discurso acerca de las cosas de Pisa.*

1500
18 de julio. Junto con Francisco Della Casa va como legado ante Luis XII. En agosto la facción de los Panciatichi expulsa de Pistoia a los cancilleres.
1º de octubre. César Borgia comienza la conquista de Romaña.

1502
Abril. Escribe la *Relación de las cosas que hizo la república florentina para pacificar la región de Pistoia.* En junio, Arezzo se rebela contra Florencia. César Borgia conquista el ducado de Urbino. El obispo Soderini es enviado a Urbino; lo acompaña Maquiavelo.
Setiembre-octubre. Vitellozzo Vitelli, los Orsini, Giampaolo Baglioni, Giovanni Bentivoglio, Pandolfo Petrucci, Oliverotto Euffreducci hacen alianza contra Valentino. El 5 de octubre Maquiavelo es enviado a Imola, ante Borgia.

1503
Enero. Valentino hace ejecutar en Senigallia a Vitelli y a Euffreducce; en Città delle Pieve son ejecutados Pablo y Francisco Orsini. El cardenal Juan Bautista Orsini muere envenenado en Roma. Desde Senigallia Maquiavelo envía un informe detallado, reelaborado después en la *Descripción de la conducta seguida por el duque Valentino . . .*
Entre junio y agosto escribe el informe *Sobre el modo de tratar a los pueblos sublevados de la Valdichiana.*
El 19 de agosto muere Alejandro VI. Se designa para observar el cónclave, del cual saldrá elegido Juliano Della Rovere (Julio II).
28 de diciembre. Los franceses son derrotados junto al Garigliano.

1504
18 de enero. Maquiavelo es enviado a Francia con nuevas instrucciones para el embajador Nicolás Valori.

1505
12 de setiembre. Los florentinos son derrotados ante las murallas de Pisa. Maquiavelo propone la Ordenanza de la infantería, y recluta en diciembre a los primeros hombres.

1506
25 de agosto. Es enviado a Roma como observador, para seguir la expedición del Papa contra Perusa y Bolonia.
El 17 de setiembre entra en Perusa con el Papa, quien continúa después hasta Imola.
6 de diciembre. Se aprueba la ley preparada por Maquiavelo, por la que se instituye la nueva Ordenanza.

1507
30 de junio. Se reúnen en Savona Luis XII y Fernando el Católico.
Maximiliano de Habsburgo convoca en Costanza la dieta del imperio. En julio Maquiavelo es nombrado embajador en la dieta, pero, al ser anulado su nombramiento por la oposición de los magnates *, lo substituye Francisco Vettori; sin embargo el 21 de diciembre el Confalonero perpetuo [magistrado supremo de la Comuna] obtiene que se lo envíe a controlar el desempeño de Vettori.

* Magnates: categoría social y económica reconocida públicamente como poderosa, relacionada además a la condición noble aun con un parentesco lejano.

1508
Junio. De vuelta en Florencia redacta el *Informe sobre las cosas de la Magna.*
10 de diciembre. Francia, España, el Imperio y Roma firman en Cambrai una alianza contra Venecia; Florencia es de los que financian la empresa, y obtiene poder para actuar contra Pisa.

1509
10 de marzo. Maquiavelo se encuentra en Piombino con una delegación de Pisa enviada para tratar la rendición.
El 4 de junio, en Florencia, refrenda el acta de sumisión.
Abril. Comienzan los operativos militares en la llanura del Po. El ejército veneciano es dividido y derrotado en Agnadello (14 de mayo).
10 de noviembre. Se lo envía a Mantua para entregar la cuota de la contribución florentina al Emperador.

1510
2 de junio. Va a Francia para solicitar que se lleven a cabo las acciones contra los venecianos.

1511
16 de mayo. Un grupo de cardenales cismáticos convoca en Pisa el concilio general de la Iglesia.
El 11 de setiembre Maquiavelo es enviado a Milán y a Francia para impedir la reunión del concilio en Pisa.
25-26 de agosto. El cardenal Soderini facilita Pisa a los padres conciliares.
23 de setiembre. El Pontífice amenaza a Florencia con el entredicho.
5 de octubre. Se proclama en Roma la Liga Santa contra los franceses.
5 de noviembre. Misión de Maquiavelo en Pisa para lograr que se traslade el concilio.

1512
11 de abril. Batalla de Ravena. Los franceses, aunque vencedores, se ven obligados a abandonar la llanura del Po.
29 de agosto. El ejército español conquista y saquea Prato.
1º de setiembre. Piero Soderini abandona Florencia, al tiempo que los Medici vuelven a la ciudad. Maquiavelo dirige un llamado *A los Palleschi.*



1

1. *Busto de Maquiavelo, del siglo* XVI, *en madera pintada.*
Florencia, Palazzo Vecchio.

1513
Expulsado de los cargos palaciegos, se ve implicado contra su voluntad en la conjuración de los Boscoli; encarcelado y torturado, sale de la prisión en marzo, y se retira a sus posesiones de S. Andrea in Percussina. Retoma entonces su trabajo sobre las repúblicas, con una interrupción entre julio y diciembre para escribir *El príncipe.*

1516
Presenta *El príncipe* a Lorenzo de Medici. Escribe el *Asno.* Entra en el cenáculo de los Orti Oricellari.

1518
Escribe la *Comedia de Calímaco y de Lucrecia* (*La Mandrágora*).

1519
4 de mayo. Muere Lorenzo de Medici. En nombre del papa León X, el cardenal Julio de Medici pide a Maquiavelo, entre otros, su parecer sobre el futuro ordenamiento de Florencia.
Escribe el *Arte de la guerra,* y lo dedica a Lorenzo Strozzi.

1520
7 de julio. Es enviado a Luca para atender los intereses de los mercaderes florentinos implicados en la quiebra Guinigi. Escribe un *Sumario de las cosas de la ciudad de Luca* y la *Vida de Castruccio Castracani.*
8 de noviembre. Los Oficiales del Estudio [magistrados culturales] le encomiendan la tarea de escribir la historia de Florencia.

1521
11 de mayo. Recibe de los Ocho de Práctica ([Junta Gubernativa de la Comuna] la misión de impedir en el capítulo de los Frailes Menores, en Carpi, la elección de Bernardino Ochino como general de la provincia toscana.
Abril. Rechaza el ofrecimiento de Piero Soderini de hacer de secretario de Próspero Colonna.
16 de agosto. Se envía a la imprenta de Felipe Giunta el *Arte de la guerra.*
1º de diciembre. Muere León X.

1522
13 de junio. Muere en Roma Piero Soderini.

1523
18 de noviembre. El cardenal Julio de Medici sucede al papa Adriano VI y toma el nombre de Clemente VII.

1525
Enero. Escribe el *Girasol* para Jacopo Falconetti, por sobrenombre el "Fundidor".
24 de febrero. Francisco I de Francia es derrotado en la batalla de Pavía.
1º de abril. Clemente VII reconoce a Clemente Sforza como duque de Milán.
21 de junio. Maquiavelo, después de haber ofrecido al pontífice los ocho primeros libros de sus *Historias florentinas,* se encuentra en Faenza con Guicciardini y le propone una organización de la infantería.
19 de agosto. Es enviado a Venecia para protestar por el secuestro de una nave de mercaderes florentinos.

1526
14 de enero. Francisco I es liberado de la cautividad y retoma la lucha.
Entre abril y mayo se constituye en Florencia la magistratura de los Cinco Proveedores de los Muros [comisión ejecutiva encargada de la defensa de la ciudad], y Maquiavelo forma parte de ella.
Julio-setiembre. Está en el campo pontificio como comisario de Guicciardini. El 23 de setiembre Cremona capitula, pero el papa pacta una tregua con los imperiales.
Noviembre. Diez mil lansquenetes, conducidos por el noble tirolés Georg von Frundsberg, parten de Bolzano en auxilio de los españoles del condestable de Borbón. El 30, Maquiavelo es enviado de nuevo a Guicciardini, y permanecerá junto al ejército pontificio, siguiendo los movimientos de los lansquenetes.

1527
4 de mayo. Invasión y saqueo de Roma. Desde Orvieto, Guicciardini envía a Maquiavelo a Civitavecchia para entrevistar al almirante Doria. El 18 Florencia se rebela contra los Medici; Maquiavelo vuelve a la ciudad, pero se lo excluye de la vida política de la nueva república. El 21 de junio muere rodeado solamente de sus amigos, y al día siguiente es sepultado en Santa Croce.

El 6 de mayo de 1476, con la meticulosidad que le era característica, el señor Bernardo Machiavelli abría su cuaderno de "recuerdos" para anotar que ese día "Niccoló, mi hijo, comenzó a ir a lo del maestro Mateo, maestro de gramática, que está de este lado del puente de Santa Trinidad, junto a la cabecera, para aprender a leer el Donatello; por la instrucción debo pagarle 5 sueldos al mes y además los 20 acostumbrados por Pascua". Nicolás tenía entonces siete años y comenzaba a hacer sus primeros estudios de latín con la edición menor de la *Ars gramatica* de Elio Donato, llamada por eso "el Donatello", para distinguirla de la mayor; pero pronto cambió de maestro, y en marzo del año siguiente pasó a la escuela del señor Bautista di Filippo da Poppi.

Había nacido el 3 de mayo de 1469, de Bartolomea de Nelli y de Benardo y era, según testimonio de Cerretani, un cronista contemporáneo, "hijo de un bastardo de los Machiavelli". En efecto, el padre de Bernardo, Niccoló di Buoninsegna, murió prematuramente en 1492, a los cuarenta y cinco años de edad, según parece sin haber contraído nunca matrimonio; dejaba un hijo aún en pañales, a quien tuvo que ligitimar en el lecho de muerte y que confió a la protección de los hermanos. A eso tal vez se debe la situación menos holgada de la rama de Bernardo, comparada con la de los otros Machiavelli, "*populares grassi*" del barrio de S. Spirito, en Florencia. Doctor en leyes (el título de "messere" se antepone siempre a su nombre en los documentos oficiales), consta que en un período no determinado ocupó el cargo de tesorero de la Marca, y que ejerció la abogacía en la ciudad con un cierto éxito, ya que la profesión y la administración de algunas propiedades le permitió hacerse de una discreta biblioteca privada, signo por entonces de incuestionables posibilidades económicas. A diferencia de sus otros *consortes* **, no parece que haya ocupado nunca cargos públicos, sin embargo se sabe que fue muy bien apreciado por sus contemporáneos por sus conocimientos jurídicos. No nos han llegado escritos suyos, pero es significativo que Bartolomeo Scala, primer canciller de la República en tiempos de Lorenzo de Medici, lo haya puesto de interlocutor en un diálogo suyo *De legibus et iudiciis*, honrándolo con el título de "amigo y familiar mío".

El único y leve vestigio de un trabajo cultural suyo, está atestiguado en sus "recuerdos", donde, el día 22 de setiembre de 1475, anotó un contrato redactado en Calimala * con el editor Nicolás della Magna. Hubiera debido componer un índice de lugares geográficos para las *Décadas* de Livio, y habría recibido a cambio un ejemplar de la futura edición. Pero desgraciadamente la obra no vio la luz, aunque Bernardo cumplió su compromiso y lo llevó a término el 5 de julio del año siguiente.

El joven Nicolás crece, pues, en un ambiente culto (parece que su misma madre gustaba escribir capítulos y laudes sagradas), y recibe los primeros rudimentos del saber conforme a la costumbre: a los siete años estudió gramática latina, para pasar recién en 1481 al estudio de los clásicos (el año anterior había iniciado además el estudio de la aritmética). Parece que no continuó los estudios, cosa que, por otro lado, no le era necesaria a no ser que hubiese decidido dedicarse a la profesión forense. Pero se lo debe haber tenido en alta consideración por su saber, ya que toda la "Maclavellorum familia" le confía en 1497 la defensa de una causa beneficiaria, para lo cual se dirigió a Roma, munido de una recomendación para el cardenal Todeschini Piccolonini (el futuro Pío III), que le otorgó el acérrimo enemigo de Savonarola, el general de los Camaldulenses**, Pedro Dolfin. Es lógico suponer que la carta de Dolfin no le habría sido entregada si hubiese militado en las filas de la "secta del fraile", si hubiese sido partidario de Savonarola como su primo homónimo y más rico. Pero Nicolás militaba en algo muy distinto. Su padre, como hemos visto, pertenecía al círculo de Bartolomé Scala, cuya hija, Alejandra, había contraído matrimonio en 1496 con el poeta Miguel Marullo Tarcaniota, estudioso apasionado del epicureísmo de Lucrecio y comentador diligente y capaz del *De rerum natura*; y Nicolás mismo resulta ser, según un códice vaticano descubierto recientemente, autor de una copia del poema de Lucrecio que, por lecciones y variantes que ofrece, tiene muchos puntos de contacto con las ediciones posteriores.

Todos estos datos concuerdan perfectamente con el primer documento político de Maquiavelo que poseemos: la famosa carta al embajador florentino en Roma, Ricciardo Becchi, del 9 de marzo de 1498, donde comenta los sermones de Savonarola sobre el *Éxodo*, pronunciados por aquel entonces en San Marcos: "... y dijo que Dios le había dicho que había alguien en Florencia que quería convertirse en tirano, y que adoptaba prácticas y modos como para lograrlo: y que intentar expulsar al fraile, excomulgar al fraile, perseguir al fraile, quería decir lo mismo que querer convertirse en tirano; y que se debían cumplir las leyes. Y tanto dijo, que a partir de entonces los hombres hicieron públicamente conjeturas de alguien que está tan próximo a hacerse tirano como vos del cielo. Pero habiendo más tarde escrito Su Señoría en favor de él al papa, y viendo que ya no tenía nada que temer de su adversarios en Florencia, mientras que antes trataba de robustecer su parte sólo aborreciendo a los adversarios y espantándolos con el nombre de tirano, al ver que no le servía más, cambió de disfraz y exhortándolos a ellos a la unión con el príncipe, no mencionando más el nombre de tirano ni hablando ya de la maldad de los mismos, se esfuerza por enemistarlos a todos contra el sumo pontífice, y volviendo hacia él sus mordeduras, dice de él lo que se podría decir del más malvado de los hombres; y así, según mi parecer, se va acomodando a los tiempos y cambiando el color de sus mentiras."

No se debe excluir que ya en esos candentes días de Florencia, Nicolás hubiese entrado en la administración del Estado, al contar su padre con la amistad de Bartolomé Scala. Es seguro que el 18 de febrero de 1498 fue propuesto para la elección "del segundo secretario" de la segunda Cancillería de la Comuna *, siendo derrotado por el candidato de los partidarios de Savonarola. Pero a la caída del fraile, en junio de ese año y tras una profunda depuración realizada por los nuevos señores concurrió, no ya para el cargo que había ambicionado en febrero, sino para otro, mucho más importante, canciller de esa misma Cancillería y resultó vencedor en las urnas.

El ministerio que debía dirigir ahora, bajo el control político de los Señores y de los Colegios (es decir de las magistraturas supremas de la Comuna) era el de los asuntos internos del gobierno; pero poco después su autoridad se extendió, agregando al interior el cargo de secretario de los Diez de libertad y paz, magistratura que tenía entre sus prerrogativas, las relaciones diplo-

---

* El término *popolani* [populares] proviene de *popolo* o artes, vale decir, gremios. Esta agrupación artesanal no implica sólo una organización técnica sino que corresponde a diversos grados de la escala social. Así los populares *grassi* controlaban las Artes mayores: mercaderes, profesionales, cambistas, por lo que podrían ser definidos como sector de alta o mediana burguesía. Los populares *minuti* o *popolo minuto*, pertenecían a gremios directamente artesanales (Artes menores); eran, por lo tanto, artesanos o pequeños comerciantes, o sea el sector de la pequeña burguesía.

** Consorte: miembro de la consortería, asociación —consanguínea o no— muy estrecha que abarcaba propósitos variados.

* Calimala: pequeña calle de Florencia situada entre el mercado viejo y el mercado nuevo; el arte de Calimala (proceso de terminación textil) fue uno de los más poderosos gremios florentinos. La calle continuó siendo el centro de una gran actividad económica.

** Camaldulenses: orden religiosa fundada por san Romualdo, a comienzos del siglo XI, en Camaldoli, cercana a Florencia.

* Comuna: gobierno autónomo urbano, característico del medioevo europeo, producto del ascenso económico burgués. La comuna italiana es "una asociación de los elementos más conspicuos del mundo ciudadano" (N. Ottokar); abarca además, jurídicamente, la campiña circundante (contado).

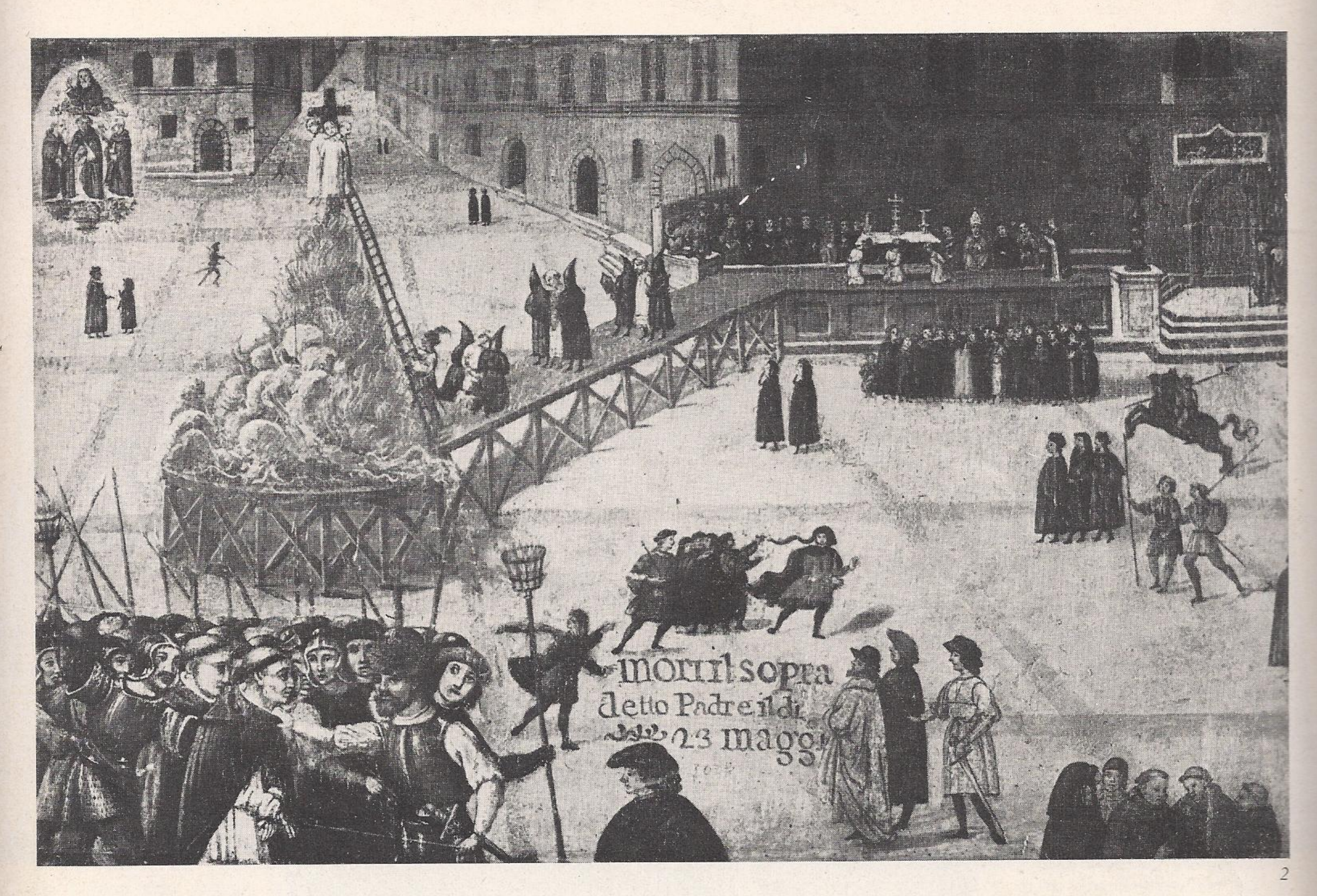
1. *Luis XII de Francia, en una medalla de N. Leclerc, Florencia, Museo Nazionale* (Alinari).

2. *Suplicio de fray Gerónimo Savonarola. Florencia, Museo di San Marco* (Alinari).

máticas con las potencias extranjeras, así como organizar compañías de mercenarios y mantener el control político-militar sobre las tropas asoldadas, por medio de comisarios propios.
Más tarde se le agregaría una tercera función, la de secretario de los Nueve de la milicia [magistratura militar] convirtiéndose, sin duda alguna en el hombre más importante de la administración del Estado florentino.

Florencia después de Savonarola
La mayoría que nombró a Nicolás Maquiavelo —de veintinueve años—, canciller de la segunda Cancillería, había llegado al poder a través de una lucha armada que concluyó con el asalto del convento de San Marcos la tarde del 8 de abril y después con la pira, en la plaza de la Señoría, de fray Gerónimo y dos compañeros suyos, el 23 de mayo de 1498, terminando así el anterior dominio popular de los "frailones" o "llorones", instaurado cuatro años antes sobre las ruinas de la casa de los Medici. Mayoría híbrida de *populares grassi* y poderosos * contra otros poderosos y otros *populares grassi*, unida sólo por la aversión contra la tiranía que la "secta del fraile" había impuesto a Florencia. Habían sido cuatro años de demagogia política, que habían acabado por aislar completamente a Florencia, empujándola cada vez más a una total subordinación a Francia en los asuntos de política exterior; y en lo interno habían llevado a la parálisis de la administración estatal, así como a la pérdida definitiva de una buena parte del dominio. Los cuatro años siguientes, desde la muerte del fraile hasta la reforma de 1502, estarán consagrados a la búsqueda, a ratos dramática, de una nueva forma de organización político-constitucional que hiciese posible el funcionamiento del aparato estatal.
Es necesario prestar mucha atención, cuando se estudian las luchas políticas de esos tiempos, y no atribuir a las fuerzas enfrentadas en esos choques, definiciones de la geografía política de nuestra época. La vida de la ciudad-Estado se estructuraba básicamente sobre relaciones familiares, por consorterías, con una estratificación vertical de *familiae y clientes* **, más bien que horizontal, por clases, rangos y corporaciones. Por eso, si se presentase la política de los partidarios de Savonarola —como se ha hecho con frecuencia— como una política "popular", democrática, contraponiéndola a la de los "rabiosos" o "compinches", identificados a su vez con la oligarquía aristocrática, enemiga del ingreso de las fuerzas populares, a la palestra política de la ciudad, se caería en un esquematismo abstracto. Basta echar una mirada a las firmas del petitorio al papa Alejandro VI (una verdadera profesión de pertenencia al partido de Savonarola), para darse cuenta de la arbitrariedad del esquema: los firmantes no pertenecían a los sectores populares, ni ricos ni pobres, y sin embargo estaban entre los dirigentes del partido del fraile. Y respecto a lo "democrático" de su política, es útil recordar que la ampliación del poder político propugnada por ellos, no iba más allá del restringido círculo de los "ciudadanos", es decir no afectaba a más de tres o cuatro mil personas sobre una población de cien mil habitantes, que era lo que tenía Florencia en ese momento. En cuanto al *contado* [campiña circundante] y a las poblaciones de las ciudades sometidas al dominio de Florencia, como ser Pistoia, Arezzo o Livorno, ni se hablaba siquiera de una posible participación de ellas en la vida política de la ciudad dominante.
Hay que reconocer entonces, inevitablemente, que al pasar una ciudad-comuna a ser ciudad-Estado con dominio sobre un territorio sujeto a expansión constante, la única estructura constitucional que podía asegurar la igualdad de los habitantes era la transformación de una organización republicana en una señorial. Esto era, precisamente, lo que estaba sucediendo en Florencia con Cósimo el Viejo, Lorenzo el Magnífico y Piero de Medici. Este lento proceso unificador de un territorio dividido aún y desgarrado por odios comunales, había sido interrumpido violentamente por la irrupción de los ejércitos de Carlos VIII de Francia en el territorio de Toscana. De improviso, todos los localismos comunales habían reaparecido con un impetuoso movimiento centrífugo.
Dentro de Florencia se volvía a la anarquía comunal; la disposición discutida y votada el 22-23 de diciembre de 1494, por influencia de Savonarola, había determinado la institución de una asamblea de ciudadanos (llamada Consejo Mayor o Grande), que hubiera debido seguir el modelo de Venecia, pero que estaba a kilómetros de distancia de esa constitución. Esta asamblea tenía tales prerrogativas que se convertía de hecho en la verdadera dueña de la ciudad. Se concentraban en sus manos el poder legislativo, el poder judicial incluyendo el de apelación, y hasta el poder ejecutivo, aunque fuese de modo indirecto, ya que todas las magistraturas debían ser elegidas por el Consejo. Participaban en él, por derecho, todos los ciudadanos con 29 años cumplidos que hubiesen ocupado con anterioridad algún cargo en una de las tres magistraturas superiores de la Comuna, o que pudiesen probar al menos que en sus familias, el padre o el abuelo o el bisabuelo habían sido honrados con esa dignidad o "beneficio" (de donde proviene el nombre de "beneficiados" que se daba a todos es-

* Poderosos: el grupo de las familias de mayor poder económico, vinculado tradicionalmente al gobierno comunal.
** Términos que determinan distintos grados de dependencia personal.



2

tos ciudadanos). Naturalmente, ya que la asamblea no debía superar los 1500 miembros, se hacía necesaria en el interior del Consejo una rotación de los ciudadanos cada seis meses. Y puesto que no todos los que tenían derecho a la "ciudadanía" eran al mismo tiempo "beneficiados", la ley disponía que cada tres años se les debían agregar sesenta ciudadanos no beneficiados, además de 24 jóvenes de 24 años de edad, a elegir también entre los que tenían derecho a ocupar un lugar en la asamblea.

Notemos de paso que con esta última disposición la demagogia de los "llorones" [partidarios de Savonarola] acababa por volverse contra ellos mismos; porque al buscar el apoyo de todos los ciudadanos, actuaban en contra de los intereses del grupo más fuerte y aguerrido de los beneficiados, que pronto se acercarían a los opositores de fray Gerónimo, presionados además por acontecimientos externos, como ser la amenaza de excomunión al fraile por parte del papa Alejandro VI, o la incapacidad que mostró de obtener del rey de Francia la devolución de la ciudad de Pisa.

Sobre los desastrosos resultados de semejante reforma para el funcionamiento político y constitucional del estado florentino, hablaremos a continuación; que la continua rotación de los miembros del Consejo no permitiese a nadie familiarizarse con los problemas del Estado no era tan grave, porque en el Consejo no se debatía ley alguna, ni sentencia de apelación, ni nombramiento: sólo se los votaba. Mucho más grave era la disposición que hacía rotar a los que estaban en la misma cúspide del Estado: allí se sentaban por un período de dos meses el Confalonero de Justicia *, acompañado por los Colegios, sujetos también a rotación. Además, ninguno de ellos podía ser reelegido. Eran normas dictadas por el temor a un golpe de Estado, y mientras un gobierno se limitase al interior de los muros medievales, el principio podía tener cierta validez (aunque ni siquiera en el pasado, cuando Florencia se limitaba a lo que había dentro de las murallas, había dado resultado); pero los inconvenientes eran obvios apenas se salía de las puertas de la ciudad para atender al *contado*, al territorio sujeto o a las ciudades libres fronterizas. ¿Cómo garantizar el secreto necesario en las decisiones de gobierno, el respeto y la ejecución de las decisiones tomadas, en ese carrusel de hombres en los puestos claves del Estado? Y a nivel más alto, ¿cómo encaminar una gestión diplomática con potencias extranjeras italianas y transalpinas, si no había ninguna seguridad de que los Señores sucesores fuesen a opinar de la misma manera, ni de que las propuestas discutidas estuviesen al reparo de indiscreciones hasta el momento de la conclusión de las negociaciones? Pero lo que amenazaba sobre todo los fundamentos mismos de la organización era la disposición por la cual nunca podía ser aprobada una decisión a menos que contase con una mayoría calificada, calculando un "quorum" de miembros de la asamblea nunca inferior a los mil participantes. ¿Dónde encontrar mil personas que estuviesen siempre dispuestas a asistir a las continuas votaciones necesarias por la concentración de los poderes en el Consejo? El riesgo de una parálisis total del Estado era algo más que posible, y muy pronto se haría realidad.

"El mal provenía —dirá Guicciardini— de que no había uno o más individuos que atendiesen con firmeza a las cosas públicas y que tuviesen una autoridad tal que, habiendo visto lo que era conveniente hacer, pudiesen en adelante ejecutarlo; por el contrario, al cambiar cada dos meses las señorías, y cada tres o cuatro meses los colegios, cada uno de ellos, por la brevedad del tiempo en que se desempeñaban como magistrados, procedía y tra-

* Confalonero de Justicia: portador del estandarte. Magistratura creada en 1293 que, con algunos altibajos, permaneció como la de mayor jerarquía en la comuna florentina. A comienzos del siglo XVI, el cargo se convirtió en vitalicio.

1

1. *Tapiz que César Borgia regaló a Maquiavelo en el año 1503. San Gimignano, Museo de arte sacro.*

2. *Medalla del pontificado de Alejandro VI.*





2

taba las cosas públicas como ajenas y nada propias. Se agregaba a eso que los señores y los colegios, por las numerosas prohibiciones que las leyes de la ciudad imponen a la casa y a la persona misma entre una vez y la otra, no pueden ser la mayor parte de las veces más que hombres débiles y de poco valor y experiencia del estado... De estos defectos nacía que (...) príncipes y potentados no tuviesen comprensión ni amistad alguna con la ciudad, por no tener en quien confiar ni de quien valerse; y rodando el dinero por muchas manos y por muchos encargados, y sin preocupación por parte de quien lo administraba, antes de destinarlo ya estaba gastado... Pero ciudadanos sabios y reputados, viendo estas malas razones, y no pudiendo remediarlas porque pronto se gritaba que querían cambiar el gobierno, estaban descontentos y desesperados y se habían alejado en todo del estado..."
Precisamente en esto consistía la crisis de fondo de la constitución inspirada por Savonarola; el Estado florentino era gobernado en realidad por no más de cuarenta o cincuenta grandes casas o, mejor dicho, "firmas" mercantiles. En sus manos estaba todo el transporte de mercaderías, las industrias, el comercio. De la riqueza de ellas dependía la riqueza de la ciudad; ellos eran la misma "ciudad", en una ósmosis constante entre el interés público y el privado. Los embajadores de Florencia habían sido siempre al mismo tiempo agentes de los banqueros florentinos, tanto en los tiempos republicanos como en el de los Medici; y los agentes de los banqueros florentinos habían desempeñado con frecuencia funciones extraordinarias de representación ante el Estado donde en ese momento estaban actuando. La lucha política se había circunscripto siempre al dominio de la ciudad, por el predominio de un grupo, de una camarilla o aún de una sola familia sobre las otras; y así tendían, se diría que casi por ley natural, hacia el principado. La arrolladora predicación de Savonarola, llena de inspiración religiosa, había conquistado a una parte de los Poderosos, tocados en su religiosidad y convencidos también de que esa era la forma mejor de no sucumbir, de defender las "libertades" ciudadanas. Pero el resultado final había sido la exclusión de todos los Grandes *, de los Poderosos, de la vida del Estado. De esa manera se habían negado las raíces mismas del Estado mercantil florentino, se iba en contra del sentido de la historia, autocondenándose a la impotente vida municipal en un mundo que tendía a abrirse cada vez más, y donde las relaciones de fuerza se jugaban en un tablero europeo, cuyas dimensiones ni siquiera podía imaginar el pueblo florentino.

* Grandes: se definen por oposición a populares.

Política y economía

No puede dejarse de dar razón a Guicciardini (exponente de una de estas grandes familias) cuando, ante la introducción de un impuesto progresivo, aprobado en el año 1500, exclama: "lo que conviene a la ciudad es conservar las riquezas", y no destruir los grandes patrimonios. Es natural que a la mayoría de los ciudadanos beneficiados, que gobernaba ahora sin el obstáculo de los partidarios de Savonarola, les impactase más la peroración de uno de ellos en favor del "diezmo proporcional". Resultaba fácil demostrar "que era lógico que quien tuviese más riquezas sintiese más el peso de la ciudad, agregando que si se lamentaban de que esta imposición los empobrecía, que disminuyesen sus gastos; y si no podían tener caballos y sirvientes, que hiciesen como él que iba a la ciudad a pie y se servía por sí mismo". Es obvio que el panorama político de este florentino no se extendía más allá de los muros de su ciudad. Hay que preguntarse si en realidad en un estado como aquel, la aniquilación del poder mercantil de las grandes familias por obra de los sectores populares *grassi* y *minuti* no amenazaba con volverse rápidamente contra la ciudad entera. Los Poderosos, que habían considerado siempre al estado como un bien patrimonial, podían colaborar con su existencia sólo si volvían a tener el poder político; y no de otra manera.
Estos fueron los primeros años de Maquiavelo canciller de la República. Años de parálisis, de desmembramiento del territorio estatal. Pero años también de intensos debates, de intentos continuos de reformar el Estado, en uno u otro sentido, según la corriente promotora.
Ya que la vida de un Estado no puede detenerse, no obstante cualquier ley o disposición que pudiera provocarlo, también en Florencia la discusión política había acabado transfiriéndose a organismos excepcionales, carentes de poder de decisión pero ricos en poder político: las "consultas", en las cuales junto a los colegios se encontraban los ciudadanos más eminentes, invitados por la Señoría a "aconsejar" acerca del gobierno del Estado. Estas reuniones se convocaban sin una periodicidad fija, dos o tres veces a la semana, y en casos excepcionales podían ampliarse hasta incluir a cien ciudadanos "solicitados". En ocasiones, especialmente con miras a presentar al Consejo proyectos de nuevos impuestos, los ciudadanos se reunían por barrios. Lo normal era que se sentasen por grupos, por "bancas", según el orden en que se los había escrutado. Sólo un orador por banca tenía derecho a la palabra, pero no era raro que ciudadanos eminentes diesen su parecer prescindiendo de la banca en la que estaban, por pedido expreso del gobierno. En estas reuniones, iniciadas con un informe del Confalonero de Justicia a cargo, acompañado a menudo por una exposición más detallada del primer canciller de la República estaba presente también Maquiavelo, aunque sin derecho a la palabra. Y es muy interesante comparar algunos discursos pronunciados en estos debates, con sus escritos políticos, en los que muchas veces se percibe el eco de aquellos "consejos".
Al recorrer las actas de estas "consultas", es fácil darse cuenta de lo intensas que fueron las discusiones sobre la estructura que debía darse al Estado florentino, y de las ventajas que tenía ese observatorio para quien quisiese hablar más tarde de repúblicas y principados. Y precisamente en el principado desembocaron esas discusiones, al transformar el cargo de Confalonero de Justicia en una especie de Dux * según el modelo veneciano.
Es evidente que esos debates no se limitaban a discutir el ordenamiento más adecuado para la ciudad, sino que se preocupaban por todos los problemas que planteaba la realidad cotidiana y las fuerzas en tensión, pidiendo rápida solución. La rebelión de la ciudad de Pistoia, y más tarde la otra más grave aún de Arezzo, dominan justificadamente y concentran el interés mayor de los políticos florentinos; no debe extrañarnos leer en el resumen de los discursos, entre otros pareceres el de Francisco Benvenuti, que en la sesión del 22 de marzo de 1502 opinaba: "tenemos el ejemplo de una ciudad donde se pudieron arreglar las cosas, es Pistoia"; o encontrar en la intervención de Gerónimo Bonagrazia, en nombre de los Confaloneros de las Compañías [milicias] y de los Doce Buenos Hombres [consejeros comunales], del 7 de octubre del mismo año, la proposición de sujetar a Arezzo enviando allí "como moradores a hombres fieles"; o leer también en la relación de Antonio da Filicaia, presentada en la sesión del 22 de marzo ya citada, en calidad de capitán y comisario florentino en Pistoia, que la ciudad ha sido sometida a la obediencia hasta el punto "que se puede tranquilamente ordenar y dar a esa ciudad la orientación y forma que nosotros queramos".
¿Cómo no vincularlo con el discurso de Maquiavelo *Sobre el modo de tratar a los pueblos sublevados de la Valdichiana*? ¿Cómo no reconocer en Lucio Furio Camillo al mismo Alejandro da Filicaia; cómo no ver allí el antiguo ejemplo de Benvenuti recién citado; o la propuesta de Bonagrazia cuando reprocha a la Señoría no haber dado a los aretinos "una com-

* Ver nota pág. 17 de este volumen (biografía de Leonardo de Vinci).

1. Perfil de César Borgia, tomado de un dibujo de Bartolomé Veneto. París, coleción De Hevesy (Alinari).

2. Medalla de César Borgia, con la figura de la Fortuna circundada por el lema Porque la Fortuna quiere que así se pruebe *en el reverso.*



1

pañía de buenos ciudadanos que los mantengan sujetos"? Son todos ejemplos que prueban cómo la discusión política contingente sobre Pistoia o Arezzo se transforman en Maquiavelo en una más amplia reflexión sobre el arte de gobernar. Y no es imposible que ya en estos años, aún sumergido en las tareas de la cancillería y en las misiones fuera de Florencia, Maquiavelo comenzase a pensar, si no directamente, en redactar una obra sobre las repúblicas, en la prolongación del diálogo iniciado por sus conciudadanos en las "consultas". Pero de esto hablaremos más adelante. Sin duda la experiencia que estaba viviendo era enormemente estimulante. En una Italia abierta aún a todas las soluciones posibles, Florencia se encontraba en el centro de toda tentativa de unificación, fuese la emprendida por César Borgia o la de los venecianos, como ya había sucedido en el siglo anterior con los Visconti. En el centro tanto por su situación geográfica como por su poder financiero, si bien no militar Florencia podía defender su propia libertad y sobrevivir sólo interrumpiendo, en cada uno de los casos, las tentativas expansionistas de sus adversarios. Por otro lado su estructura republicana era demasiado débil (caso muy distinto del veneciano) como para impulsar a su clase dirigente a proyectos expansionistas; sin hablar de que la prolongada guerra por la reconquista de Pisa la inmovilizó durante quince años en la desembocadura del río Arno, desgastando sus fuerzas. Su capacidad financiera fue sin embargo lo suficientemente fuerte como para permitir que otros (el rey de Francia, el Emperador) detuviesen a Venecia en su marcha hacia la "monarquía de Italia", como se decía entonces.

Maquiavelo en la diplomacia

Maquiavelo no fue solamente espectador de estos años cruciales de la historia italiana, sino además protagonista. La autoridad de que gozaba en Florencia, especialmente después de la elección de Piero Soderini como confalonero vitalicio, era enorme, tanto que un cronista de esa época pudo llamarlo "la mano derecha" de Soderini. En una ocasión partirá para una misión (la legación a la corte de Luis XII, en enero de 1504), con las instrucciones firmadas, por el primer canciller, pero íntegramente redactadas por él mismo.

Las primeras misiones realizadas fuera de Florencia, como es natural, no fueron demasiado importantes. Pero ya la misión de julio de 1500, ante el rey de Francia, fue una de las experiencias fundamentales en su vida. Se lo había elegido porque —como se explicita en la instrucción que le fue entregada al partir— había estado presente en el amotinamiento de los infantes suizos y franceses durante el sitio de Pisa, y podía mejor que nadie atestiguar el explicable disgusto de su república, que no tenía la intención de pagar a soldados que la habían servido tan mal, que habían llegado a apresar a su comisario exigiendo rescate por él. Una misión extremadamente delicada, en un ambiente desconocido, en una corte que sólo conocía indirectamente, a través de los informes presentados en la cancillería por los embajadores anteriores. Y sin embargo, con qué facilidad se moverá, cómo sabrá enfrentar a sus interlocutores, hasta llegar a "cantarle las cuarenta" al cardenal de Amboise, verdadero regente del Estado, ministro omnipotente del rey. Se trataba de defender a Florencia contra la acusación de tener la intención de pasarse al bando de Maximiliano de Habsburgo, abandonando la alianza francesa. Maquiavelo responderá a estas calumnias "deshonestas y poco prudentes" sentándose en la cátedra y dando a su interlocutor lecciones de política: Florencia sabía muy bien lo poco que valía la protección del rey de los romanos [Maximiliano], quien en el 1500 "no había ayudado ni protegido a Milán", a pesar de tratarse de un feudo imperial. Pero sobre todo el rey de Francia no debía prestar atención a las calumnias de los que "buscaban la ruina de sus amigos, con la única intención de fortalecerse ellos mismos, y hacer más fácil quitarle Italia de sus manos. Su Majestad debía seguir las normas de los que en el pasado habían poseído provincias exteriores, según las cuales es necesario debilitar a los poderosos, favorecer a los súbditos, conservar a los amigos, y cuidarse de tener iguales, es decir los que buscan tener la misma autoridad en ese lugar: y si Su Majestad observaba quiénes eran los que en Italia querían ser sus iguales, vería que no eran vuestras señorías, ni Ferrara ni Bolonia, sino aquellos que en el pasado han tratado siempre de someterla", es decir Venecia y el papado.

Maquiavelo relata además en su correspondencia diplomática a los Diez de libertad y paz que el cardenal lo había escuchado "pacientemente, y había respondido que la majestad del Rey era muy prudente y lo escuchaba todo pero creía poco..."; la lección, pues, había sido recibida. Lo cual no quiere decir que el alumno se sintiese obligado a obrar en consecuencia. Pero lo que más nos interesa observar es la lucidez del análisis político de Maquiavelo, la nitidez del cuadro que supo esbozar. Sólo se podía defender la libertad florentina poniendo continuos obstáculos en el camino de la "monarquía de Italia", frustrando constantemente los intentos de unificar el territorio del centro y norte de la península.

El enfrentamiento con Valentino

En junio del 1502, y luego por un más largo período desde octubre del mismo año hasta enero de 1503 Maquiavelo vivió una segunda experiencia de gran importancia, al seguir de cerca uno de esos intentos de unificación: el del duque Valentino, César Borgia. En octubre del 1500 el hijo de Alejandro VI había iniciado una campaña militar a la cabeza de un ejército propio, con miras a la constitución de un ducado en la región de Romaña, cuya capital ya había designado explícitamente: Bolonia. Este proyecto expansionista de Borgia afectaba directamente a Florencia en razón de su proximidad fronteriza a la región codiciada por el duque. En abril de 1501 se lograba el primer objetivo de esta campaña militar: Valentino conquistaba Forlí, Rímini, Pésaro, Faenza, y su ejército regresaba a Roma atravesando el Estado florentino como si fuese el amo, no sólo sin encontrar resistencia sino imponiendo una contribución a la ciudad en forma de reclutamiento de soldados. Este paseo provocador de un ejército enemigo a través de todo el territorio florentino fue la manifestación más clara de las intenciones de Borgia. La sublevación de Arezzo, donde el 9 de junio de 1502 entraba con sus soldados Vitellozzo Vitelli (uno de los capitanes de Borgia), convenció a los florentinos de que ellos serían una de las próximas víctimas y, en efecto, Valentino exige a Maquiavelo y al obispo de Volterra, Francisco Soderini, que cambien el gobierno de Florencia. Los dos enviados florentinos van a Urbino, ocupada poco antes, el 26 de junio, por Borgia y se les dice brutalmente: "este gobierno no me gusta y no le tengo confianza; es necesario que lo cambiéis y que me aseguréis el cumplimiento de la promesa... ¡O me aceptáis como amigo o me tendréis de enemigo"!

Un gobierno filoborgiano y las fortalezas florentinas como prenda en manos de Borgia, significaban a breve plazo el fin de la libertad de Florencia. Pero ¿con qué fuerzas oponerse a estas exigencias terminantes? En las dramáticas deliberaciones de esos días todas las bancas incitan a la señoría a "aprovechar la ventaja del tiempo", a "entretener con palabras" al duque, a la espera de que pasase algo, de que el rey de Francia viniese a auxiliar a Florencia. El método político y diplomático de Florencia es el de siempre: tejer pacientemente los hilos de una trama capaz de frenar el impulso unificador que se iniciaba, utilizando para ello las fuerzas ajenas. La certeza de poder triunfar una vez más en este juego se manifiesta en una carta de la Cancillería enviada el 4 de agosto al comisario florentino en Arezzo, Juan Ridolfi (que había recon-





1



2

quistado la ciudad rebelde con la ayuda de las armas francesas): "no creemos posible que el duque César, comprometido en esta empresa, pueda comenzar una guerra e intervenir abiertamente en Toscana si se logra ponerle fuego debajo de su mismo lecho". Quien escribió esta carta fue el mismo Maquiavelo, pero no cabe duda de que resumía así el pensamiento de sus Señores. Los hechos le dieron muy pronto la razón: no habían pasado ni tres meses desde el primer encuentro con Valentino en Urbino, cuando Maquiavelo volvía a cabalgar, esta vez hacia Imola, donde encontraría al hijo de Alejandro VI "lleno de temor" (como recordará más tarde en su célebre *Descripción del comportamiento tenido por el duque Valentino [César Borgia] al matar a Vitellozzo Vitelli, a Oliverotto da Fermo, al señor Pagolo y a Orsini, duque de Gravina*), abandonado por sus capitanes. "Para no ser devorados uno a uno por el dragón", los señores de Perugia, Cittá de Castello, Urbino, Siena y Bolonia y otros pequeños feudatarios, se habían reunido el 9 de octubre en un pequeño castillo junto al lago Trasimeno, en Magione, y habían decidido enfrentar a Valentino. De golpe parecían desmoronarse todos los proyectos de formación de un ducado de Italia central.

Para decir la verdad, el Valentino que encontró Maquiavelo en Imola no era para nada un "hombre lleno de temor", como se nota patentemente en los mismos despachos que el señor Nicolás enviaba a sus Señores de Florencia por los días de su legación. "Zorro", en cambio, sí lo era, como lo llamará posteriormente en *El Príncipe*, y Maquiavelo lo captó enseguida, mucho antes de que la rebelión concluyese. Veía en Valentino "una fortuna increíble, un ánimo y una seguridad más que humana de poder lograr todo lo que se proponía" (carta del 8 de enero), y en los enemigos "morosidad en apremiarlo" (carta del 23 de octubre), de tal manera que el 20 de noviembre, conversando con el Duque, con gran familiaridad y admiración al mismo tiempo, le dijo sinceramente "que si el primer día hubiese escrito lo que pensaba realmente, y lo leyese ahora, le parecería una profecía; afirmándole entre otras cosas que él estaba solo y que tenía que vérselas con muchos, y que era fácil en esa situación romper las cadenas". Pero nunca hubiera imaginado cuáles iban a ser los medios . . .

Maquiavelo se encontró en una tercera ocasión con el duque Valentino, pero entonces lo que había en él no era ya admiración sino fastidio y sarcasmo para con ese hombre que "se deja llevar por su exagerada confianza y piensa que la palabra de los demás va a ser más firme de

lo que lo fue la suya..." de modo que "lo más hábilmente que pude —dirá a sus Señores— me liberé de él, porque me parecía haber estado mil años junto a él". César Borgia se había convertido en una sombra de lo que había sido, prisionero de su peor enemigo, el cardenal Juliano Della Rovere, que había llegado al pontificado gracias precisamente al apoyo de los votos españoles, por una torpe maniobra de Borgia, que esperaba conservar así su propio poder. Como si Della Rovere, una vez en el trono pontificio, fuese a sentirse atado a las promesas hechas durante el cónclave...

Un nuevo peligro: Venecia

La misión de Maquiavelo en Roma ante la Corte pontificia, no era ni remotamente la de informarse sobre la salud de duque Valentino. Como le habían encargado en Florencia, el 2 de noviembre de 1503, debía dar a entender al nuevo pontífice "la situación en que se encontraban las cosas en Romaña, y cómo las habían modificado últimamente los venecianos... apoyando y animando a Su Santidad a pensar en los intereses de la Iglesia y nuestros al mismo tiempo, y cómo no deseábamos tener en esos lugares otros vecinos sino los que siempre habíamos tenido". Destruido el plan de Borgia respecto a Italia central, se había ido perfilando un nuevo peligro: Venecia, continuando con su constante expansión en tierra firme, se sentía heredera del intento de unificación comenzado por Valentino, y pretendía anexarse las ciudades de Romaña. No era que Venecia aspirase en ese momento a la "monarquía de Italia". Sus miras eran mucho más limitadas. Ya era dueña de Ravena y ahora trataba de extender esa posesión, ambicionando sobre todo Val di Lamone, la única región de Italia que daba aún buenos infantes. Por otro lado, su expansión sólo podía tomar dos direcciones: o una ampliación de las posesiones lombardas, del otro lado del Adda, o la anexión del ducado de Romaña. Eligió esta segunda línea de expansión, pensando que encontraría menos resistencia por parte del papado que enfrentando al rey de Francia. La suposición resultó equivocada, pero era imposible imaginarlo entonces sin ser profeta.
De cualquier modo a Florencia no le importaba si por el momento los objetivos de la república enemiga eran limitados. Lo que le preocupaba eran las líneas generales de esta expansión, que hacían pronosticar para un futuro más o menos lejano una "monarquía de Italia" con sello veneciano. ¿Acaso Venecia no había aceptado el ofrecimiento de los pisanos rebeldes, en 1454, de reconocerla como Señoría, y no tomaba hoy actitudes abiertas de protectora del duque Valentino? Una

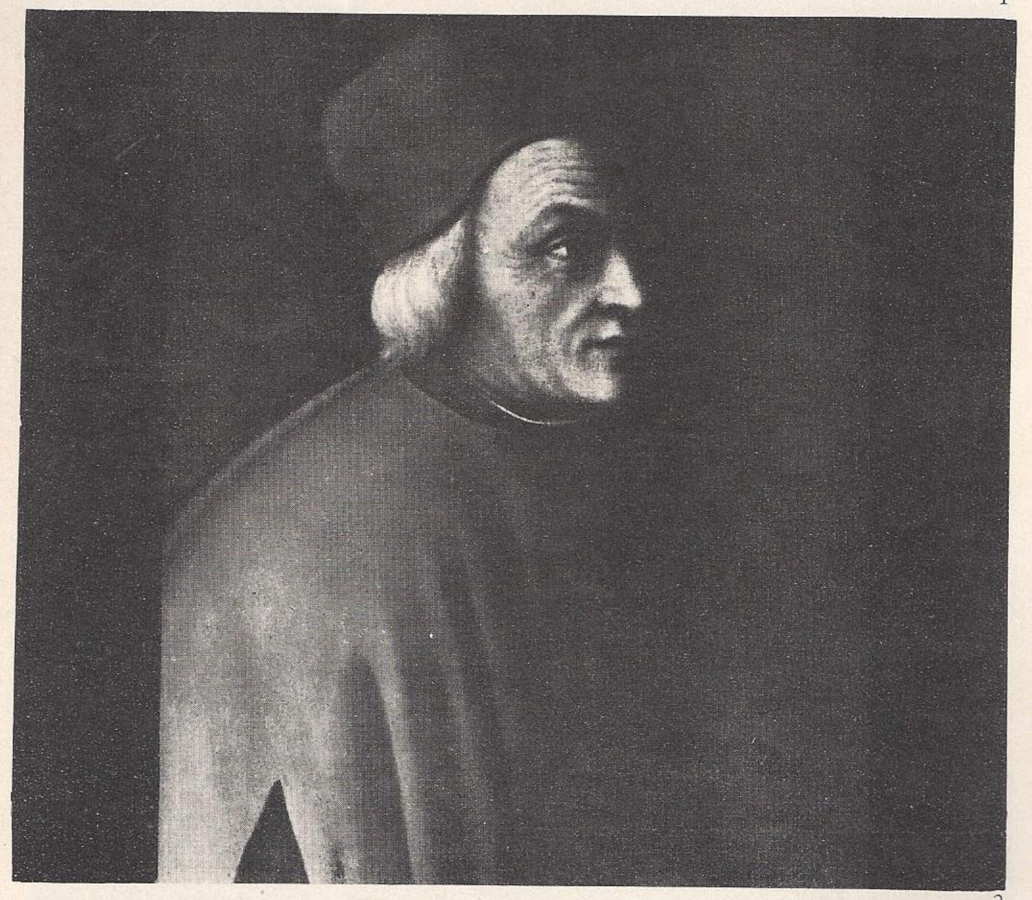
1. Soldados venecianos en una pintura de Carpaccio. Florencia, Uffizi.

2. Julio II, de Rafael .

3. Oficiales de la guardia suiza, representados por Rafael en los frescos de las Stanze Vaticane.







1. *La guerra de Pisa, de Antonio Veneziano, tomado del boceto de Miguel Ángel. Florencia, Uffizi* (Alinari).

2. *Pier Soderini, retrato de autor desconocido. Florencia, Uffizi* (Alinari).

vez más la libertad florentina chocaba con el intento de unificar a Italia del centro y norte; una vez más Florencia debía restablecer lo que en los manuales se acostumbra a llamar una "política de equilibrio"; ¿y qué otra cosa era si no la tenaz defensa del *status quo*? Era necesario, pues, detener a los venecianos, como en otra época se había hecho con los Visconti, y como se había logrado hacerlo hasta el día anterior con Valentino. El ideal, para el régimen florentino, hubiera sido la permanencia de las débiles señorías ciudadanas anteriores al 1500, sobre las que era fácil ejercer una especie de protectorado. Tampoco convenía que la Iglesia heredase la obra de Borgia. Por lo tanto Maquiavelo debía actuar en dos sentidos, porque también en Florencia —como en Venecia— se tenía la convicción de la debilidad del estado papal: apoyar el regreso de los antiguos señores a las ciudades de Romaña, impedir que Venecia o Roma ocupasen el lugar de César Borgia. El terreno estaba preparado, al menos para una liga contra Venecia, y Maquiavelo no dejó de subrayarlo.

Maquiavelo puso, en nombre de sus señores, la primera piedra de aquella liga que destruiría en Agnadello el sueño veneciano. Era necesario que además de la Iglesia, participasen en ella Francia y el Imperio. Pronto se ejercieron presiones sobre Francia, en la misma curia pontificia, donde después del cónclave se había quedado el cardenal de Rouen, para poder seguir más de cerca los movimientos del ejército francés en la margen derecha del río Garigliano. "El reverendísimo monseñor de Volterra", es decir, el cardenal Francisco Soderini, hermano del Confalonero, "paga muy bien y sin respeto alguno la deuda para con su patria —escribió Maquiavelo el 11 de noviembre— y no cesa de excitar a Rouen, y a todos los demás cardenales que tienen audiencia frente a Su Santidad; los cuales, por interés propio y por el de la Iglesia, se empeñan gustosos en ello; y especialmente Rouen lo hace con gran diligencia: pero por ahora no promete ayuda en hombres o en otras cosas, sino sólo de cartas..."

El cardenal de Rouen entendía, con razón, que ante la amenaza veneciana tenía prioridad el intento de reconquistar el reino de Nápoles. Una victoria francesa junto al Garigliano habría hecho de su rey el árbitro de Italia, y le habría dado la posibilidad de reconquistar las ciudades de Romaña sin necesidad de combatir. Pero los venecianos tenían la misma opinión, y precisamente soldados venecianos, los de Bartolomé de Alviano (prestados al rey de España como mercenarios) serían el factor decisivo en la batalla del 28 de diciembre. En una osada maniobra en-

volvente, entre el 27 y el 28 de diciembre Alviano cruzaba el río aguas arriba sorprendiendo el campamento de los franceses, mientras los españoles de Gonçalvo los atacaban de frente. La amenaza veneciana, lejos de debilitarse, se agigantaba. No sólo eso, sino que además renacía de repente la amenaza de los pisanos: porque Gonçalvo, libre ya de la presión de los franceses, decidía enviar tropas en auxilio de la ciudad rebelde, mientras que Bartolomé de Alviano, a sueldo ahora del cardenal Ascanio Sforza, concebía el ambicioso proyecto de una doble restauración: la de los Sforza en Milán, y la de los Medici en Florencia.

Por lo cual Maquiavelo, apenas vuelto a casa debía emprender viaje de nuevo, enviado el 18 de enero de 1504 por la Señoría a Francia, donde le presentaron un ambicioso plan para solucionar la cuestión pisana que hasta permitiría la conquista del Estado de Piombino. Naturalmente era todo una quimera, como pudo constatarlo *de visu* el mismo Maquiavelo al volver de Francia, en una breve misión ante el señor de Piombino, Jacopo de Appiano, misión proyectada precisamente para confirmar en qué medida Appiano tenía el apoyo de sus súbditos. Mientras, Alviano engrosaba su ejército sólo una casualidad afortunada podía salvar al gobierno florentino; sin embargo, la inesperada muerte del cardenal Ascanio Sforza vino como un repentino ventarrón y disipó las densas nubes de tormenta. Deshecho el gran plan de restauración antifrancesa, Bartolomé de Alviano debió intentar solo la empresa contra Florencia. El 17 de agosto se enfrentó en campo abierto con los mercenarios al servicio de Florencia conducidos por Hércules Bentivoglio, y fue derrotado y dispersado. Envalentonados con el éxito, los vencedores quisieron retomar inmediatamente las acciones contra Pisa, antes que entrasen en la ciudad los infantes españoles enviados por Gonçalvo. Pero bajo los muros de Pisa los esperaba una nueva y humillante derrota: después que la artillería había abierto grandes brechas en las murallas se ordenó el asalto, pero los soldados se negaron por dos veces a escalar la explanada.

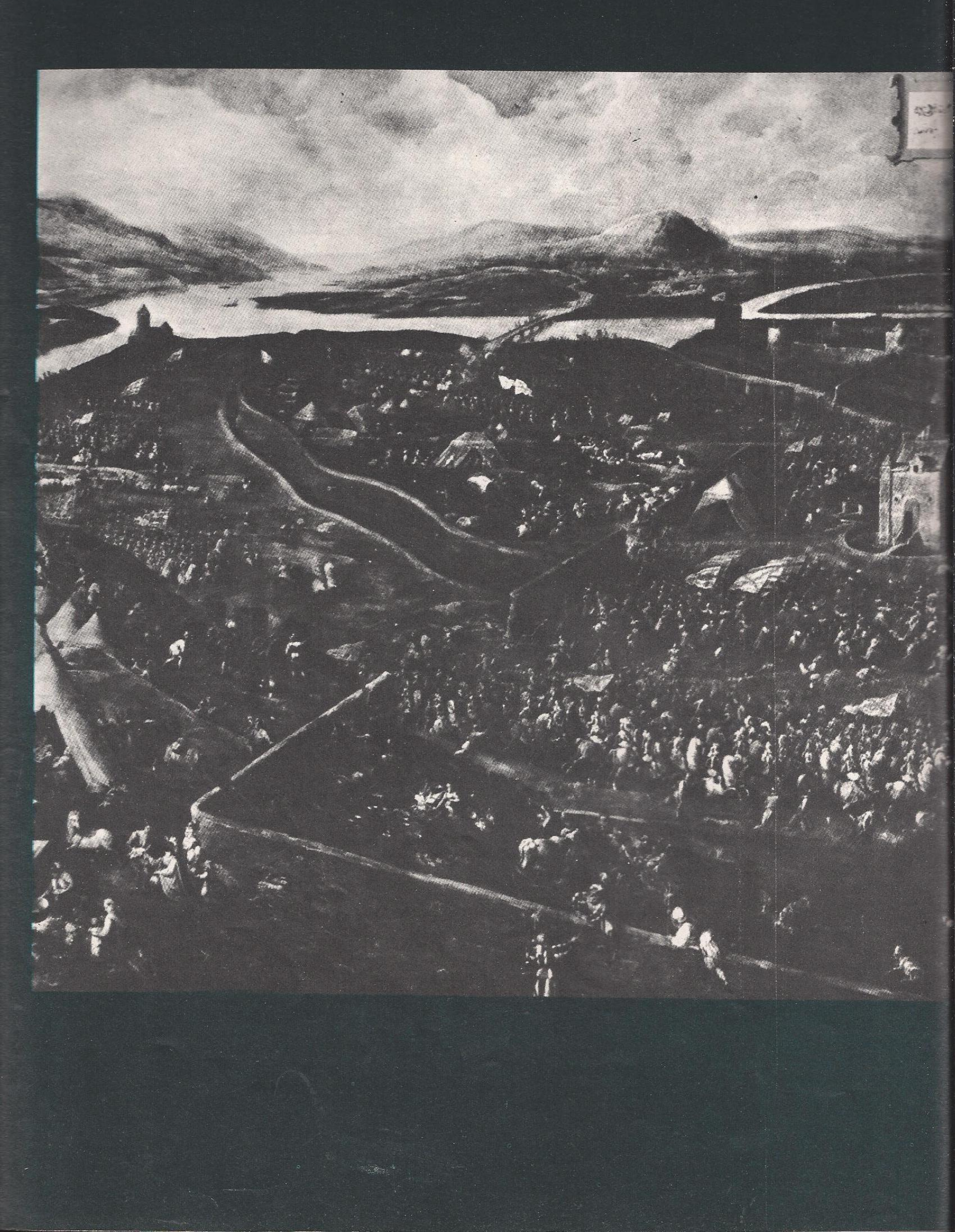
Un ejército para la república

Esta enésima derrota convenció a los gobernantes florentinos de que debían atender a los proyectos que desde tiempo atrás venía presentando Maquiavelo para la formación de una milicia florentina. Y sin embargo, aunque todos estaban convencidos ya de lo urgente de la reforma, no parecía fácil decidir cuál era el modo de realizarla, por muchas razones, una más grave que la otra. El proyecto de Maquiavelo de dotar a la República de un ejército propio apelaba al pasado comunal de la ciudad, cuando Florencia luchaba con las ciudades vecinas para extender su influencia, o al menos eso era lo que pensaban los contemporáneos, entre ellos Guicciardini. Pero ¿era posible retroceder dos siglos, era posible transformar en hombres de armas a ciudadanos habituados más al comercio y a los negocios que a las armas? Sin hablar de que la guerra ya no tenía lugar, como antes, por grupos, ni se desmenuzaba en una serie de combates singulares entre caballeros. Por el contrario, la mayor complejidad del grupo de combate (la "lanza") había acabado por imponer la utilización de soldados profesionales. Y hoy hasta este "hombre de armas" entraba en crisis con la aparición del cuadro de infantes, que introducía una situación táctica radicalmente nueva. Tomando en cuenta todo esto, se deducía que lo primero que había que hacer era dedicarse al reclutamiento de infantes. Pero, por otro lado, las maniobras de un cuadro de picas exige una práctica tal de movimientos sobre el terreno, que hacía necesario a los infantes que debían componerlo, constantes ejercicios militares; lo cual significaba que había que contar con la necesidad de una infantería permanentemente armada. ¿Podía el régimen florentino arriesgarse a armar a sus ciudadanos, sin temer ser derrocado a corto plazo por los partidarios de Medici, o por una oposición oligárquica que ya tenía una cierta fuerza en la ciudad? Maquiavelo propone entonces un cambio en la organización militar, con respecto a la milicia comunal: en aquel entonces estaba formada por los habitantes de la ciudad, hoy lo sería por los habitantes del *contado*. Pero se le podía objetar que los habitantes del *contado* eran simplemente súbditos, y no tenían participación alguna en la vida de la ciudad. ¿Cómo pretender entonces que estuviesen dispuestos a sacrificar su vida en un campo de batalla, en defensa de la ciudad? Maquiavelo respondió a esta objeción en el *Discurso sobre el ordenamiento del estado de Florencia a las armas.* Después de haber hecho una clara distinción entre *contado* y distrito (el distrito estaba formado por los territorios de las ciudades sometidas), creía poder evitar cualquier peligro de rebelión en el *contado*, porque éste, a diferencia del distrito, no tenía ciudades ni fortalezas donde hacerse fuerte, fuera de la misma Florencia. Es decir que cualquier rebelión que intentasen los campesinos podría ser controlada fácilmente.

Pero quedaba aún una dificultad: ¿y si los cuadros de este ejército, los oficiales mismos que dirigían las infanterías intentaban un golpe de Estado? El proyecto obviaba esto con un complicado sistema de distribución de cargos y de rotación de los oficiales de la tropa: "Y porque sería peligroso que reconociesen (...) un solo superior, sería conveniente que este nuevo magistrado los dirigiese mientras estuvieran en casa; que después los Diez los condujesen en la guerra; y que Señores de los Colegios, Diez y nuevos magistrados los premiasen y remunerasen: y así tendrían siempre indistintos a sus superiores, y reconocerían a uno público y no a uno privado". Con respecto a los oficiales, se debía tener especial cuidado en impedir que se familiarizasen con la tropa, "y puesto que el tiempo va dando autoridad, conviene cambiar cada año a los condestables, y darles nuevos jefes; y prohibir que puedan ser reelegidos". ¡Qué ejército tan bien templado! Con ese sistema Maquiavelo renunciaba a la única solución que habría permitido la cohesión de la tropa: darle jefes "venerados" (como reconocerá más tarde en su célebre tratado sobre el *Arte de la guerra*) capaces de arrastrar con el ejemplo a sus soldados en el campo de batalla.

Pero no podemos culpar a Maquiavelo de la intrínseca debilidad de la República florentina. Lo único que podía hacer él era tenerla en cuenta y tratar de superarla de la mejor manera posible. Y sin embargo, desde afuera, esta nueva fuerza militar imponía respeto a los mismos franceses, así como a los enemigos de la República. Y mientras Florencia trataba de darse una nueva forma de organización militar, las cosas no estaban nada tranquilas en Italia. Al declinar el verano de 1506, el pontífice Julio II salía de Roma a la cabeza de un ejército reclutado entre sus feudatarios (primero de todos el duque de Urbino, a quien se había confiado la dirección de la tropa y el título de Abanderado de la Santa Iglesia Romana), dispuesto a recoger la herencia del duque Valentino. No se trataba aún de la tan deseada expedición contra Venecia, pero podía ser el primer paso hacia ello. Por el momento el objetivo del Papa era asegurarse Perusa y Urbino.

Perusa, poniendo en ella una guarnición militar y destronando a Juan Pablo Baglioni; Urbino, obligando a Guidobaldo di Montefeltro a nombrar como sucesor al sobrino del pontífice, Francisco María Della Rovere. Una vez más, Maquiavelo tenía la suerte de vivir esta nueva experiencia de un pontífice en armas y de asistir a su temeraria entrada en Perusa, sin otra escolta que sus 150 suizos (una guardia de reciente promoción, e inmortalizada por Rafael en las habitaciones del Vaticano). Recordará el episodio en el capítulo veintisiete del primer libro de los *Discursos*, como ejemplo de cómo los hombres son capaces "sólo excepcionalmente de ser del todo malos o del todo buenos":

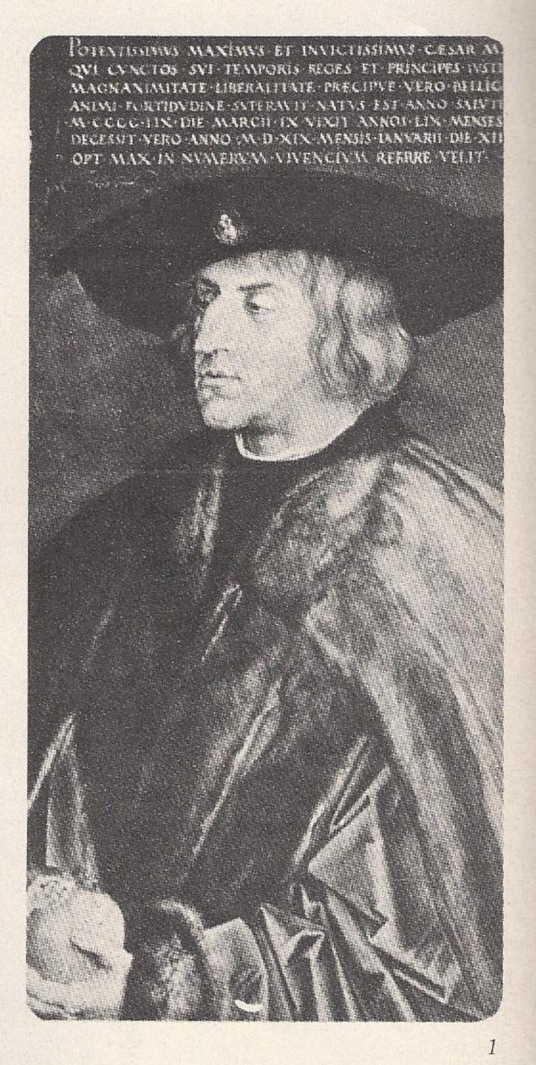


La batalla de Pavía, de Michel Coxius, 1568. Florencia, Margua Antichità.

"El Papa Julio II... quería sacar a Giovampagolo Baglioni de Perusa... Y habiendo llegado cerca de Perusa con esta intención y deliberación conocida por todo el mundo, no esperó a entrar en esa ciudad con su ejército para custodiarlo, sino que entró desarmado, a pesar de que dentro se encontraba Giovampagolo con mucha gente, a la que había congregado para defenderse. De modo que impulsado por aquel furor con que lo dirigía todo, acompañado solamente de su guardia se puso en manos del enemigo; al cual después llevó consigo, poniendo en aquella ciudad un gobernador que estuviese al servicio de la Iglesia. Los hombres prudentes hicieron notar que con el Papa estaban la temeridad del Papa y la vileza de Giovampagolo; y no podían entender a qué se debía que aquél, según fama conocida desde siempre, no hubiese aplastado inmediatamente a su enemigo y no se hubiese enriquecido con el saqueo, siendo así que con el Papa estaban todos los cardenales con todos sus placeres. Era imposible creer que se hubiesen abstenido o por bondad o por conciencia: porque en el pecho de un hombre malvado, que vivía con su hermana, que para llegar al poder había asesinado a primos y a sobrinos, no podía albergarse ningún sentimiento piadoso; y concluía que los hombres no son capaces de ser honradamente perversos ni completamente buenos; y no llegan a percibir que la maldad tiene en sí misma algo de grandeza y tiene en alguna parte algo de generosidad". Máxima tremenda, lapidaria y fría, que aún hoy provoca admiración.

Después de Perusa la conquista de Bolonia, sometida a la tiranía de los Bentivoglio. Comenzaba de nuevo a cerrarse el círculo alrededor de Florencia; ahora en lugar de los venecianos era el pontífice romano. Y sin embargo, ya que los florentinos sabían muy bien que cada nuevo pontificado borra las huellas del anterior, para ellos los enemigos verdaderamente peligrosos seguían siendo los venecianos, contra quienes necesitaban reunir las fuerzas coaligadas de Luis XII, del Emperador y del Papa. Un primer proyecto de reparto del territorio de Venecia había tenido lugar en setiembre de 1504, cuando se firmó un tratado entre el rey de Francia, Maximiliano y el hijo de este último (yerno al mismo tiempo del rey de Aragón, Fernando el Católico), el archiduque de Borgoña Felipe el Hermoso. Pero la situación no estaba madura aún, y los acontecimientos posteriores hicieron fracasar el primer acuerdo. La entrada de Fernando el Católico en la alianza fue lo que completó la liga antiveneciana; ya estaban todos: el rey de Francia, que buscaba reconstruir el antiguo ducado de los Visconti; el Emperador, que desde Trento tenía la vista puesta en la extensa llanura veneciana; el rey de España, que reclamaba para sí Monopoli, Polignano, Trani, Brindisi, Otranto y Gallipoli, puertos de Puglia que estaban en manos de Venecia. Pronto se les agregaron los Estensi, que querían restablecer su dominio de Rovigo; los Gonzaga, que pedían la restitución de Lonato y las otras tierras que les habían arrebatado los venecianos; los Saboya, que alegaban derechos sobre Chipre; el rey de Hungría, que ambicionaba las tierras dálmatas. De la liga lo único que obtenía Florencia era libertad de acción con respecto a Pisa, y no tenía más pretensiones, porque le bastaba con que la potencia rival se alejase de sus fronteras. Y así, finalmente, después de quince años de guerra, Florencia concluía su conflicto con los rebeldes de Pisa, y veía derrotada a Venecia en la batalla de Agnadello. Doblegada, pero no destruida, como lo reconocería más tarde el mismo Maquiavelo ante su amigo Francisco Vettori: "la ruina de ellos fue demasiado honrosa, porque lo que hizo el rey de Francia lo habría hecho el duque Valentino o cualquier otro capitán de renombre que hubiese surgido en Italia, y hubiese estado al frente de 15 mil hombres". En efecto, el problema veneciano no era exclusivamente un problema militar, sino básicamente un problema político. El mismo pudo constatarlo durante su misión al campamento imperial, en Mantua y Verona, en noviembre de 1509. En un despacho enviado por él el 26 de ese mismo mes se puede leer: "Estos alemanes se dedican a robar y a saquear el país, y se ven y oyen cosas lastimosas y sin precedentes, de modo que en el ánimo de estos campesinos ha entrado el deseo de morir y de vengarse; se han vuelto más obstinados y enfurecidos contra los enemigos de Venecia de lo que lo estaban los judíos contra los romanos; y a diario sucede que algún prisionero de ellos se deje matar antes que negar el nombre de Venecia... de modo que, considerando todo esto, es imposible que estos reyes puedan conservar estos países mientras sigan con vida estos campesinos...". Lo que resulta más claro de esta situación (cosa que Maquiavelo no supo ver, a pesar de su objetividad como testigo) es la fuerza política del gobierno veneciano, una afirmación de la cual un florentino hubiera debido sacar amargas conclusiones... Pero a los florentinos lo que interesaba en ese momento era algo muy distinto: les interesaba que continuase la guerra con la energía del principio, que la república veneciana fuese aniquilada, que los aliados de la liga de Cambrai continuasen unidos en sus propósitos de destrucción. Para eso habían enviado a Maquiavelo a Mantua, para depositar en las arcas imperiales su cuota de la financiación del ejército ocupante. Pero desgraciadamen-

1. Maximiliano I, detalle del retrato de Albrecht Dürer. Viena, Albertina.



1

te las desconfianzas, las tensiones entre el rey de Francia y el rey de los romanos (es decir Maximiliano, emperador no coronado) se iban agudizando cada vez más, con indudables ventajas para la diestra diplomacia veneciana. "Son estos dos reyes, uno de los cuales podría hacer la guerra pero no quiere, y el otro sí quisiera hacerla pero no puede": ésta fue la deprimente conclusión que trajo Maquiavelo de su misión.

Pier Soderini hizo una última tentativa, enviando en junio a Francia a Maquiavelo, con una instrucción que es para nosotros el mejor testimonio de su política: "Lo único que deseo es que su majestad conserve y acreciente su poder en Italia; para lo cual es necesario que combata a los venecianos, manteniéndose unido al Emperador como hasta ahora". En ese momento no se conocía aún en Florencia (lo sabrán recién en setiembre) la decisión de Julio II de romper la alianza y pasarse al bando de los venecianos, recluidos ya definitivamente dentro de sus antiguas fronteras. Continuando con su política encaminada a reconquistar los antiguos feudos eclesiásticos, después de Perusa, Urbino y Bolonia, el Papa ambicionaba ahora la posesión de Ferrara. Para eso debía enfrentarse con los franceses, protectores de los duques D'Este, y el único modo de hacerlo era concluir la partida con los venecianos. De esta manera, al grito de "¡fuera los bárbaros!", este pontífice a quien Guicciardini llamará "fatal instrumento de los males de Italia", se disponía a entregar la península al dominio de los españoles.

Entre Francia y el papado

A partir de ese momento la situación de la República florentina será desesperada. Hasta entonces su gobierno se había regido basándose en el acuerdo franco-vaticano que había condicionado toda la vida política italiana desde la muerte de Carlos VIII. Con el fin de esta alianza concluía también cualquier posibilidad de maniobra para Florencia. Y no era una decisión fácil decidir a cuál de las dos partes apoyar, teniendo a los franceses en Lombardía y a los soldados del pontífice en la frontera sur del Estado. Por eso, mientras pueda, Florencia intentará rehacer la alianza, reconciliar al Rey y al Papa. Esfuerzo inútil, dado que el Papa, "movido por un espíritu diabólico que ha tomado posesión de él" declara querer echar a los franceses al otro lado de los Alpes. Esfuerzo inútil, dado que los franceses declaran a Maquiavelo que sus reyes bajarían a Italia para cambiar todo en ella. "Vuestras Señorías pueden imaginar lo que se dice del Papa, porque negarle la obediencia, hacerle un concilio en su contra, arruinarlo en su estado temporal y espiritual, es la menor de las amenazas que profieren". Podía parecer (y así pareció a Maquiavelo) que se trataba de la clásica lucha entre poder temporal y poder espiritual, al estilo de los antiguos emperadores del Sacro Imperio Romano Germánico; pero el conflicto, que ahora se desplazaba del plano político-diplomático al plano religioso, tenía una amplitud muy distinta. Desaparecido por fallecimiento el cardenal Georges D'Amboise, que en su condición de "legado pontificio" había asegurado hasta ese momento una independencia de hecho a la Iglesia galicana con respecto a Roma, evitando todo choque con el papado, habían aflorado todas las fuerzas centrífugas del clero francés, imponiendo un brusco viraje a la política religiosa del monarca. La apelación al concilio la propugnaban ahora hombres influidos directamente por la doctrina erasmiana, tales como Jacques Lefèvre d'Etaples, Guillaume Budé y Robert Gauguin.

Maquiavelo, desde Blois, solicitaba insistentemente a sus Señores que eligiesen con valentía, recordando muy bien un consejo que le había dado un día Valentino. Era necesario optar entre los dos adversarios, si no se quería acabar siendo la presa del vencedor. La opción implicaba un riesgo, y el riesgo había que calcularlo no sólo para el caso de una derrota sino hasta para el caso de salir vencedores. ¿Qué pedían los Señores de Florencia a cambio de la ayuda que prestarían a Francia? Los mismos ministros de Luis XII eran quienes lo preguntaban. "¿Querían Luca, querían Urbino? "Estando obligados a hacer lo que se decía arriba, vuestra ciudad corre un cierto peligro; quien bien os quiere considera que sería sabio no correrlo sin alguna compensación. A vosotros no os interesa para nada Luca; sería el momento de pensar en algo; además cuando me encontré hoy con él (con Robertet), me presentó los mismos argumentos, y me preguntó también si os interesaba el ducado de Urbino. Yo, como he hecho siempre en tales casos, me hice el desentendido, porque no me gusta opinar cuando no conozco el pensamiento de Vuestras Señorías...". Pero cual era la respuesta que esperaba lo había dado a entender dos líneas más arriba: "crean Vuestras Señorías, como creen en el Evangelio, que si llega a haber guerra entre el Papa y esta Majestad, no podrán ellas evitar tener que declararse a favor de alguna de las dos, dejando de lado todo el respeto que se pudiera tener por la otra". ¡Crean en mí como creen en el Evangelio! Palabras inconcebibles en boca de un embajador; pero es tan grande la certeza de Maquiavelo, y tan dramático el momento, que la desesperación por la indecisión de sus Señores lo impulsa a hablar fuerte y claro. Más tarde, con otro estado de ánimo, insertará un capítulo entero en su comentario a Tito Livio para demostrar que "las repúblicas débiles son irresolutas y no saben decidirse; y si alguna vez toman partido el momento, que la desesperación por elección".

En Florencia se obstinaron, contra toda evidencia, en continuar intentando un acuerdo entre el Rey y el Papa, y acabaron enemistándose con ambos, sin recibir nada en cambio; y mientras un grupo de cardenales cismáticos decidía la convocación de un concilio que depondría al Papa e iniciaría la ansiada reforma de la Iglesia, los florentinos intentaban una vez más "sacar ventaja del tiempo", con una tan intensa cuanto inútil actividad diplomática. Hasta que, una noche de agosto de 1511, dio la impresión de que la táctica dilatoria hubiese vuelto a dar frutos. Esa noche Julio II recibió la extrema unción, y los romanos se preparaban ya a saquear, según la costumbre, las casas de los cardenales. En esos momentos dramáticos partió una orden del Vaticano: la impartió el cardenal Soderini, pasando por encima de la autoridad de su hermano el Confalonero. Con la desaparición del pontífice resultarían vencedores los cardenales rebeldes. Soderini se apresuraba entonces a cruzar también el Rubicón, adhiriendo al concilio y comunicando a los cardenales cismáticos que la República florentina accedía a su pedido de reunirse en Pisa. El 25 de agosto el representante personal de Francisco Soderini, Juan Girolami, llegaba a Milán donde estaban reunidos los purpurados, y destruía de golpe todo el trabajo diplomático del embajador florentino, que hasta ese entonces había conseguido impedir que el concilio se reuniese en Pisa. "Por muchos motivos me duele lo sucedido —escribió a los Señores el embajador Pandolfini— pero sobre todo porque, como lo comprueban mis palabras, en este lugar se ha pensado que Vuestras Señorías me consideran una sombra, por haber mostrado a todos estos Señores que no tenía la menor noticia de lo que en nombre de Vuestras Señorías y de otros les fue informado a ellos como cosa resuelta y definitiva". Los "otros" a los que aludía la queja de Pandolfini era exclusivamente, como es evidente, el cardenal de Volterra.

Nunca hubo para Florencia una enfermedad más perniciosa que ésta de Julio II: porque el pontífice se restableció inesperadamente, y su cólera terrible se abatió sobre los florentinos. Maquiavelo fue movilizado de nuevo, esta vez para convencer a los cardenales cismáticos para que pospusiesen las sesiones conciliares, después de haberse realizado las ceremonias de apertura en Pisa. Pero ya era demasiado tarde como para obtener el perdón del

pontífice, y obrando así lo único que lograban era malquistarse además al rey de Francia.

Pier Soderini murió; en aquel instante
fue su alma del Infierno a la boca:
gritó Plutón: ¿Qué Infierno? alma loca,
vete al limbo, como todo infante!

El resentimiento de Maquiavelo contra los errores políticos del Confalonero (pero habría que agregar, también contra su hermano el cardenal, cuya responsabilidad no era menor) estaba más que justificado. Porque entre toda la admiración de Palazzo Vecchio, él fue quien padeció más que nadie las consecuencias de la falta de decisión política del Confalonero.
Justo un año después de la desatinada decisión del cardenal de Volterra llegó la venganza de Julio II. El 29 de agosto de 1512 las tropas de la Liga Santa, a las órdenes del español Ramón de Cardona, acababan frente a Prato con aquella organización militar florentina creada por Maquiavelo, que precisamente ese día recibía su bautismo de fuego. Prato fue conquistada y saqueada (un saqueo que iba a durar veinte días!). La noticia llegó a Florencia en la mañana del 31 y los Poderosos intentaron jugar la última carta para no volver a caer bajo los Medici: exigieron la renuncia a Soderini y pusieron en su lugar a Juan Bautista Ridolfi, jefe reconocido de la oposición de los magnates, pero anti Medici acérrimo.

Los Medici en el poder

En esas difíciles circunstancias Maquiavelo se sintió obligado a tomar posición, y lo hizo valientemente en un escrito dirigido a los partidarios de los Medici, advirtiéndoles contra el peligro de prestarse al juego de los poderosos. Según su opinión, éstos representaban realmente el peligro común, tanto del sector democrático (los "beneficiados") como del de los Medici. Al aceptar el nombramiento de Ridolfi como Confalonero perpetuo, lo único que conseguiría el inexperto Juliano de Medici sería fortalecer el poderío de los magnates. "Quisiera ponerlos en guardia contra la opinión de los que dicen que convendría hacer públicos los defectos de Piero Soderini para quitarle el apoyo del pueblo: si miráis bien a la cara a los que así hablan, y tratáis de ver qué es lo que los mueve, veréis que no los mueve el deseo de procurar el bien de este Estado, sino el de conseguir apoyo para ellos mismos..." Dos parecen ser los objetivos de Maquiavelo al hacer esta llamada a los partidarios de los Medici: por un lado salvar la reputación de Soderini, y con ella todo un pasado del cual él mismo formaba parte; por otro, impedir que llegasen al poder aquéllos contra los que siempre había combatido. Pero los Medici no tenían necesidad de consejos, y conocían muy bien el arma que siempre había usado su familia para llegar al poder: convocar a los populares a una asamblea, es decir, apelar a la plaza, pasando por encima de los ordenamientos constitucionales de la Comuna. La tarde del 16 de setiembre caía el efímero gobierno de los magnates, se abolían las viejas instituciones comunales, se suspendía la constitución y el poder se confiaba a las manos de cuarenta y seis ciudadanos, todos partidarios de los Medici, que inmediatamente se pusieron a compilar listas de proscripciones, a confiscar los bienes de los vencidos y a echar las bases de un nuevo gobierno. Nicolás Maquiavelo estaba entre las víctimas: el 7 de noviembre una decisión de la nueva Señoría lo "destituía, privaba y removía totalmente" del cargo de canciller de la segunda Cancillería. Una segunda prohibición le caía diez días más tarde; se le negaba por doce meses el derecho a entrar en el Palazzo Vecchio. Pero no era aún el fin de la caída. Implicado sin saberlo en un torpe complot contra los Medici fue apresado, torturado con seis cuerdas y arrojado a una prisión, de donde no salió hasta principios de marzo, gracias a una amnistía general que se decretó en ocasión de la elección del cardenal de Medici como pontífice. El aire que se respiraba en Florencia ya no era bueno para él, y se retiró a Sant'Andrea in Percussina, al margen ya de cargos y honores, a los cuarenta y cuatro años de edad. El único contacto con el mundo que le quedaba era la correspondencia política con su amigo Francisco Vettori, orador florentino en Roma, a quien comunicaba su sabiduría y su experiencia de hombre político. ¿Y su vida?

"Yo estoy siempre en la villa —confiará un día al amigo Vettori— y después que me sucedieron aquellas últimas cosas, juntándolos todos, no habré estado más de veinte días en Florencia. Me dedico a cazar tordos. Me levanto a la mañana con el sol y me voy a un bosque mío que estoy haciendo talar, me estoy allí dos horas inspeccionando el trabajo del día anterior y pasando el tiempo con aquellos leñadores, que siempre tienen alguna desgracia entre manos, o con los vecinos. Cuando me alejo del bosque voy a una fuente, y de allí a una pajarera que tengo. Llevo un libro conmigo, o Dante, o Petrarca, o alguno de los poetas menores como Tibulo, Ovidio o alguno parecido: leo de sus pasiones amorosas y de sus amores, recuerdo la mía, y gozo por un rato con estos pensamientos. Me encamino después a la hostería, hablo con los que pasan, les pido informes sobre lo que acontece en sus pueblos, escucho diversas cosas, y observo la variedad de gustos y fantasías de los hombres. Mientras tanto llega la hora de almorzar y como con los míos lo que puede dar esta pobre villa y un reducido patrimonio. Una vez que he comido vuelvo a la hostería: allí está el tabernero, y además hay más o menos un carnicero, un molinero, dos ladrilleros. Con éstos me trenzo el día entero en partidas de cartas, donde nacen mil discusiones y palabras injuriosas, donde se pelea por un cobre y con frecuencia se nos oye gritar desde San Casciano. Así, en medio de estos piojos, me limpio el cerebro de moho y desahogo la maldad de ésta mi suerte, alegrándome de que me pisotee de esta manera, a ver si acaba avergonzándose. Cuando llega la tarde vuelvo a mi casa y voy a mi escritorio; a la entrada me despojo de este traje cotidiano, lleno de fango y de lodo, y me revisto de ropas curiales y reales; y decentemente vestido entro en las antiguas cortes de antiguos hombres, donde, acogido amorosamente por ellos, me alimento del único alimento verdaderamente mío y para el que he nacido; por eso hablo con ellos sin temor, y les pido me expliquen el porqué de sus acciones; y ellos, por su humanidad, me responden; y por espacio de cuatro horas no siento aburrimiento y olvido todas las preocupaciones, no temo la pobreza ni me angustia la muerte; me sumerjo totalmente en ellos."

"El príncipe"

La desgracia que lo afligió lo incita, pues, a reflexionar sobre las causas que la provocaron, a indagar las debilidades de ese régimen político pasado que había surgido con la expulsión de los Medici y había caído con el retorno de los mismos, después de dieciocho años. Maquiavelo no conoció la señoría de Lorenzo, apenas si presenció la caída de Piero; toda su vida política, catorce años de trabajo en el Palacio, estuvo asociada y condicionada por el régimen republicano. Tiene, pues, un espíritu y una experiencia republicanos, aunque ha sido testigo de la empresa de Valentino, que pasó como un meteoro por el cielo de Italia. Quiere saber por qué la República no se ha mantenido, quiere descubrir las causas de esa debilidad. Es el momento propicio para retomar los apuntes de aquel trabajo suyo sobre las repúblicas del que hemos hablado, para repasar con la mente aquellas discusiones constitucionales de sus primeros años, confrontándolas con los ejemplos de la antigüedad. ¿Cuáles son los principios "universales" por los que se han regido las repúblicas? ¿Por qué Roma tuvo durante siglos una forma republicana, para volver después al principado? ¿Cuáles fueron las leyes que le dieron sus primeros legisladores, en qué "virtudes" se apoyó a lo largo de su camino? Las *Décadas* de Livio y las *Historiae* de Tácito son sus fuentes de estudio,

1

DISCORSI DI NICCOLO
MACHIAVELLI CITTADINO, ET SEGRETARIO FIORENTINO SOPRA
LA PRIMA DECA DI TITO
LIVIO A' ZANOBI BVONDELMONTI, ET
A' COSIMO
RVCELLAI.



M. D. XXXI.

2



3

1. Jugadores en la hostería.
Florencia, Biblioteca Riccardiana,
ms. 2669, c. 101 r. (Scala).

2. Portada de los Discursos *impresos*
en Florencia, 1531.

3. Una banqueta decorada
con el escudo de los Machiavelli,
en la casa de Sant'Andrea in Percussina.
Florencia, propiedad
de la condesa Sofía Seristori.

hasta que, habiendo llegado a plantearse el problema del modo en que "en las ciudades corrompidas podía mantenerse un estado libre si lo había; o, no habiéndolo, crearlo", y habiendo comprobado que "un pueblo corrompido que ha llegado a la libertad, muy difícilmente puede mantenerse libre", se da cuenta que no puede seguir adelante sin enfrentar el gran problema de su época: el principado. Y entre julio y diciembre de 1513 redactará de un solo envión aquel célebre libro suyo, que él tituló *De principatibus* y que la posteridad conocerá con el nombre de *El príncipe*, nombre más preciso, sin duda, pero menos relacionado con la génesis de la obra.

Los investigadores han discutido durante mucho tiempo acerca de la composición de *El príncipe* y de los *Discursos*, hasta que dos alumnos de Meinecke, Federico Chabod en 1924-25, y Félix Gilbert en estos últimos años, han impuesto la tesis que se acaba de exponer. Porque, realmente, al comienzo del capítulo segundo de *El príncipe* hay un pasaje que dice: "No me detendré en razonar acerca de las repúblicas, porque en otra ocasión lo hice muy extensamente"; y en el capítulo octavo se lee también: "Pero los dos modos con que de privado se llega a príncipe . . . no creo que convenga pasarlo por alto, aunque de uno de ellos se podría razonar más extensamente al tratar de las repúblicas . . .", es evidente que nos encontramos frente a dos citas bien precisas de otro texto de Maquiavelo. ¿Habría que identificarlo, sin titubear, con los *Discursos*? ¿O no se tratará más bien de los primeros dieciocho capítulos de la obra, de características tan distintas a los siguientes?

Llama la atención en ellos, en efecto, la forma rapsódica con que se utiliza a Livio, cuyo *De urbe condita* en cambio será seguido paso a paso en el resto de los *Discursos*. Y hasta la misma estructura de los dos grupos en que se divide la obra es distinta. Los *Discursos*, tal como nos han llegado, son una voluminosa obra de carácter bastante desigual y no muy armónica; algunos temas se repiten en capítulos muy distantes entre sí, y el libro concluye con un examen desproporcionadamente extenso de problemas militares (¿estamos ya cerca del *Arte de la guerra*?), lleno de anécdotas normativas, que van ilustrando y ejemplificando la exposición, conforme a un esquema frecuente en autores medievales y renacentistas. Pero hablando con mayor precisión, estas caracterizaciones se aplican al segundo y más numeroso grupo de capítulos, no al núcleo inicial, que ofrece una temática bien precisa, en un discurso conciso, atento siempre al tema central, sin dispersarse en el fárrago de los ejemplos clásicos como sucede en el resto de la obra. En resumen, al leer estos primeros dieciocho capí-



1. *Italia, a principios del siglo XIV.*

tulos se tiene la impresión de encontrarse frente a una obra de gran envergadura sobre las formas del gobierno republicano, interrumpida de repente para dar lugar al problema más angustioso y dramático del nuevo príncipe, destructor de la libertad republicana. A los sabios legisladores, a los incorruptibles generales, a los generosos tiranicidas del mundo antiguo, a los Escipión, Agesilao, Timoleón y Dión se contraponen de repente Nabio, Falario, Dionisio, en una cruel realidad contemporánea al autor de *El príncipe*.

Es importante fechar las dos obras de Maquiavelo, no sólo para determinar cuándo fueron escritas sino sobre todo para captar su pensamiento; se postula a veces un estrecho nexo entre las dos, mostrando entonces en una perspectiva distinta a la más breve y más afortunada de ellas. La violenta polémica que en tiempos de la Contrarreforma se desató contra *El príncipe* y contra su autor no sólo ha hecho pasar a segundo plano a los *Discursos* sino que además ha desnaturalizado el sentido del *De principatibus*, al sacarla del contexto más amplio en que había sido producida. ¿Cómo conciliar al Maquiavelo defensor de la libertad republicana en los *Discursos*, con el Maquiavelo maestro frío y cínico de tiranía en *El príncipe*? En el siglo XVIII el sultán Mustafá III hacía traducir el célebre opúsculo para instrucción suya y de sus hijos, y el rey de Prusia, Federico el Grande, se aventuraba a refutarlo; pero ambos coincidían en la interpretación del pensamiento fundamental de la obra. Fue un investigador alemán, Johann Friedrich Christ, quien reivindicó la postura republicana del canciller florentino; y la nueva interpretación tuvo su aprobación más insigne en el artículo de Diderot para la *Encyclopédie*: *El príncipe* ya no era más el elogio de la tiranía, sino su sátira más despiadada. Interpretación forzada, evidentemente, pero que tenía el mérito de volver a poner todo en discusión.

En el siglo XIX, siempre en Alemania, Herder, Hegel, Fichte y el mismo Ranke creyeron en cambio que se podía justificar al autor de *De principatibus* teniendo en cuenta que sólo un príncipe capaz de tener el poder con la frialdad de "la razón de Estado" estaba facultado para salvar a Italia —en la época en que escribía Maquiavelo— de la dominación extranjera y para dar unidad a la nación. A estas mismas conclusiones llegaron los historiadores italianos del Resurgimiento, hasta De Sanctis, sin darse cuenta de que al entenderlo así estaban haciendo pesar las necesidades, las pasiones, las ansias de su propio tiempo, de italianos del siglo XIX que, al igual que los alemanes, trataban laboriosamente de lograr la unidad nacional. En este caso se ponía el acento no en la obra entera sino en su conclusión, en la exhortación dirigida a Lorenzo di Piero de Medici "a tomar a Italia y liberarla de las manos de los bárbaros", sin caer en cuenta que ese capítulo había sido agregado a la obra, que era contemporáneo a la dedicatoria, posterior como mínimo en dos años al libro.

Recién en los últimos tiempos se ha ido extendiendo la idea de que *El príncipe* y los *Discursos* reflejan un único pensamiento, que deben ser leídos juntos y que no se justifica la contraposición entre un Maquiavelo republicano y otro transformado de repente en cortesano de los Medici e instigador de un príncipe absoluto al estilo de los Borgia. Aunque esta misma visión pueda volver a ser interpretada forzadamente, como es el caso de Ritter, que acaba desvalorizando el aspecto de "libertad" en el pensamiento de Maquiavelo para subrayar en sus escritos la faz demoníaca del poder.

El príncipe, como decíamos, fue escrito de una sola vez, entre julio y diciembre de 1513. El 10 del mismo mes su autor comunicaba en una carta al amigo Vettori que había "compuesto un opúsculo *De principatibus*, donde profundizo lo más que puedo sobre el tema, discutiendo sobre qué es el principado, cuántos tipos hay, cómo se llega a tenerlo, cómo se mantienen y por qué se pierden". ¿Volvió entonces al primitivo texto sobre las repúblicas? No parecería, porque en agosto del año siguiente confesaba al mismo Vettori que había abandonado los estudios: "... me he encontrado en la villa con una criatura tan agradable, tan delicada, tan noble por naturaleza tanto como por artificio, que no podría tanto alabarla y tanto amarla que ella no mereciese más aún... Y no creáis que Amor para apresarme haya utilizado medios ordinarios, porque, sabiendo que no le hubieran bastado, usó recursos extraordinarios, de los que yo no pude y no quise cuidarme. Os bastará saber que, cercano ya a los cincuenta años, ni me molestan estos soles, ni los caminos ásperos me fatigan, ni la oscuridad de la noche me espanta... Y aunque creo que me he embarcado en grandes afanes, siento dentro de mí tanta dulzura, así por lo que me brinda esa rara y suave presencia como por haber dejado de lado el recuerdo de todas mis preocupaciones, que por nada del mundo, pudiendo hacerlo, querría liberarme. He abandonado, pues, todo pensamiento sobre cosas grandes e importantes; ya no hallo agrado en leer las cosas antiguas ni en reflexionar sobre las modernas; todo se me transformado en pensamientos dulces, por lo cual doy gracias a Venus".

Maquiavelo literato

Para esta mujer (que se ha querido identificar con la hermana de Nicolás Tafani), escribió tal vez aquella hermosa *Serenata*, que Foscolo se enorgullecía de saber entera de memoria.

Salve, mujer, entre todas elegida,
ejemplo raro de belleza en esta tierra,
¡oh! Fénix única, alma perfecta;
que toda hermosura en sí misma encierra:
escucha esto que tu siervo dicta
ya que con los ojos le haces guerra
y cree, si quieres ser dichosa,
las palabras sinceras que te dice.

Inútil ser de grande y alto ingenio,
inútil la potencia y el valor
a quien no tiene entrada en el reino
de Venus hermosa y de su hijo Amor;
desdén temible es tan sólo el de ellos
y su ira y su implacable furor,
porque mujer es ella, joven y ligero él
y a muchos han privado de su ser.

....

La sinceridad y profundidad de su nuevo amor, evidentemente le inspiraba versos mucho más límpidos y fluidos que aquéllos, rítmicos pero flojos de su primer *Decenal*, con el que había pretendido celebrar los sucesos contemporáneos a él. Pero el impulso poético, que había reaparecido imprevistamente, lo llevó a retomar también aquellos versos pobres, y continuó la crónica hasta el año 1509, para abandonarla entonces definitivamente. Al comienzo de éste su segundo *Decenal* había dicho de sí mismo que "osaba cantar... en medio del llanto, aunque por el dolor casi extraviado"; pero la pasión amorosa había calmado ese dolor, y la rima no salía espontánea, había que buscarla con trabajo.

Pero Maquiavelo no podía permanecer alejado por demasiado tiempo de los afanes de la política, de aquel alimento que, como había escrito poco antes a Vettori, "es el único mío y para el cual he nacido". Se enteró del proyecto de dar a Juliano de Medici (a quien hubiera querido dedicar su *De principatibus*) la señoría de Parma, Placencia, Módena y Reggio, y pensó inmediatamente que iba a ser una señoría "hermosa y fuerte, como para poder conservarla en cualquier circunstancia, con tal que fuese bien gobernada", conforme a sus normas políticas. El 31 de enero de 1515 escribía a su amigo Vettori, a quien confiaba todos sus pensamientos en aquellos desiertos días de la villa, que no hubiera podido recomendar a Medici otro modelo que el duque Valentino, "cuya conducta yo imitaría si estuviese en el caso de ser un príncipe nuevo". Pero Juliano muere, y el pontífice Medici piensa ahora en Lorenzo, a quien había destinado antes al ducado de Urbino. Cuando Maquiavelo recibió la noticia de estos nuevos proyectos y del nombramiento de Lorenzo como capitán general de Floren-

cia, sintió que ya había tenido bastante de esa Arcadia y confió en que su escrito sobre los principados sería recomendación suficiente como para que se lo volviese a llamar y el nuevo señor de Florencia le brindase alguna misión.

En ese entonces le parecía que Lorenzo estaba en situación propicia para retomar los intentos de unificación que él, como canciller de la República florentina, había tratado de desbaratar obstinadamente cuando lo había pretendido Borgia o Venecia. A los sueños de una Italia gobernada por los Borgia o por Venecia creía poder oponer ahora los de una Italia de los Medici, y por lo tanto florentina: "... preguntándome a mí mismo si la situación que vive Italia en este momento se adaptaba a la aparición de un nuevo príncipe, y si se daban las circunstancias para que uno prudente y virtuoso pudiese introducir formas que le diesen honor a él y fuesen un bien para todos los habitantes, me parece que tantas cosas concurren en pro de un príncipe nuevo, que no creo haya existido un momento más adaptado que éste..." En realidad el momento para un sueño de esa clase —si alguna vez se había dado— ya había pasado definitivamente y los destinos de Italia estaban ahora en manos de otros: franceses, españoles, imperiales. Maquiavelo se engañaba además sobre la recepción que esperaba a su escrito por parte de Medici. Confiaba en que Lorenzo, "desde la cumbre de su grandeza" dirigiría sus ojos "a estos bajos lugares", sabiendo "cuán sin razón esté soportando yo un grande, continuo y desgraciado destino". Pero si es exacta una tradición que nos ha sido conservada en un código de la biblioteca Riccardiana, y que se hace remontar hasta el mismo Maquiavelo, la ceremonia de la presentación del libro a Lorenzo fue dolorosamente humillante. "Nicolás Maquiavelo presentó su libro *El príncipe*, y se rebajó a entregarlo al mismo tiempo que le regalaban un par de perros, a los que miró con mayor interés y con más amabilidad respondió a los que le habían regalado los perros que a él; por lo que se retiró indignado". Reafirmada así su exclusión de la vida política, reducido nuevamente a su vida en la villa (donde, como dirá a Vernaccia, "a veces me paso un mes entero sin pensar en mí mismo"), comenzó a escribir unos versos autobiográficos imitando, o más bien haciendo una caricatura de los del Dante, también muy pronto interrumpidos por hastío y cansancio, a los que llamó *El asno*.

Pero comenzó a viajar más seguido a Florencia, acogido en un círculo muy alejado del ambiente de los Medici, prolongación ideal de aquél que —como una ironía de la suerte— había fundado Bernardo Rucellai en la Florencia de Soderini, en oposición al régimen imperante. Allí, entre los más asiduos visitantes de los Orti, alrededor de la camilla del paralítico Cósimo de Cósimo Rucellai, se contaban Zanobi Buondelmonti, Luis di Piero Alamanni, Juan Bautista della Palla, Francisco di Zanobi, Cattani da Diacceto, junto al primo homónimo llamado el Pagonazzo por el traje morado que acostumbraba usar, y al discípulo Jacopo da Diacceto, Antonfrancesco degli Albizzi, Antonio Brucioli, Jacopo Nardi y Felipe Nerli. A este séquito de literatos se acopló Maquiavelo a fines del año 1516, que ya había acabado de redactar sus *Discursos*, que dio a conocer a sus nuevos amigos.

Algo más de un año más tarde les brindaba también una de las más bellas comedias de teatro italiano, la fábula del *Señor Nicia* o *Comedia de Calímaco y de Lucrecia*, que conocemos hoy con el título de *Mandrágora*, por el nombre de la hierba mágica que debía dar al marido crédulo el ansiado heredero.

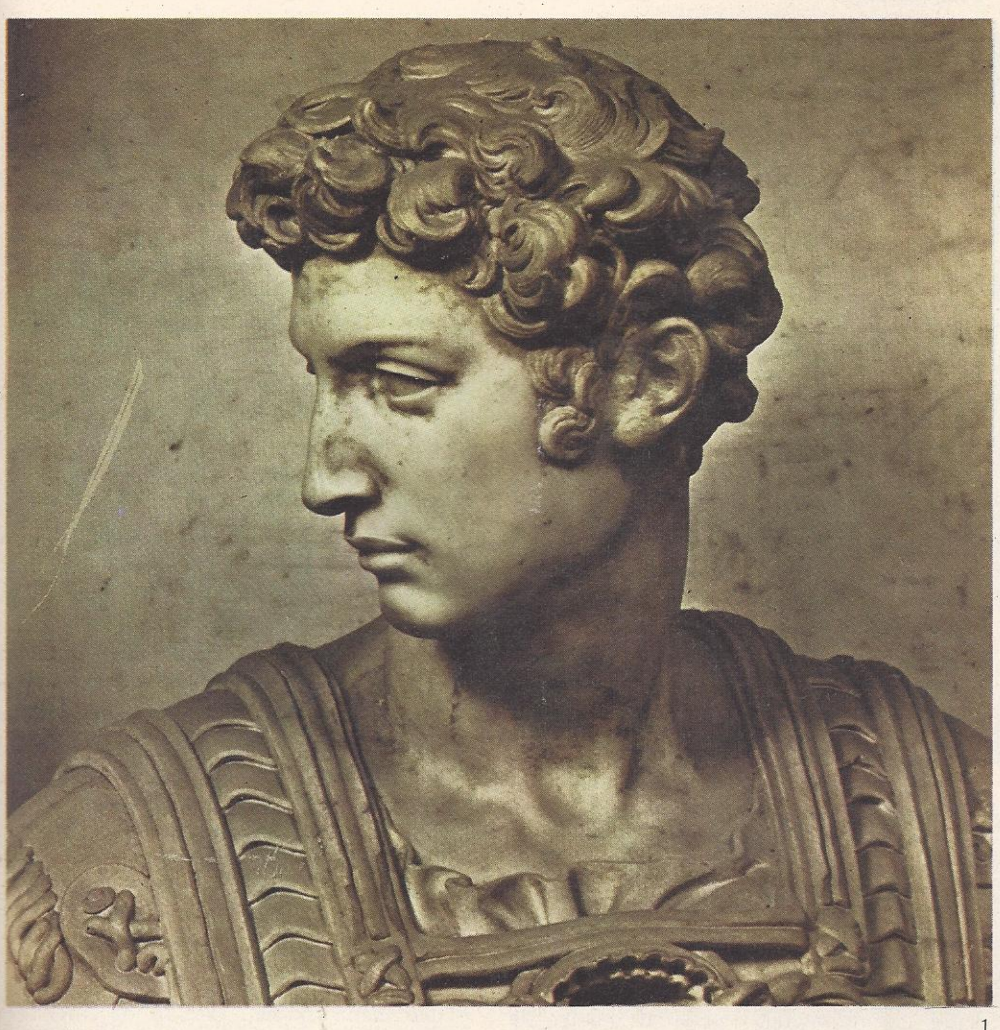
Un nuevo fracaso político

La muerte de Lorenzo de Medici, el 4 de mayo de 1519, lo arranca bruscamente de estos ocios literarios y lo sumerge nuevamente en la vida política. De improviso los Medici parecían quedar reducidos a su antigua situación, y fue sólo gracias a la presencia de un miembro de esa familia en el trono pontificio y la autoridad de gobernador que en su nombre había asumido en Florencia el cardenal Julio di Giuliano de Medici, que esa casa consiguió mantener el predominio en la ciudad. Pero mientras tanto, en esos días volvía a cuestionarse y a ponerse en discusión la forma de organización del Estado, y el mismo cardenal solicitaba a los políticos florentinos que expresasen su opinión al respecto. Entre ellos lo hizo Maquiavelo, que redactó en un escrito su parecer, titulándolo, en latín según su costumbre, *Discursus florentinarum rerum post mortem iunioris Laurentii Medices*, que, para la reconstrucción de su pensamiento político, no es menos importante que sus obras que acostumbramos a llamar mayores. Un principio que se repite con frecuencia en estas páginas es: para ordenar una república es necesario "dar un lugar a las tres calidades de hombres que existe en todas las ciudades: los superiores, los medianos y los últimos". Para precisar mejor esta afirmación y para comprender a quienes se designaba bajo el término de "los últimos", es necesario yuxtaponerle la respuesta que da, en estas mismas páginas, a los promotores de una ampliación de la base política del Estado, en el sentido que le había dado Savonarola: "Si no se lo amplía de modo que resulte una república bien ordenada, esa amplitud lo llevará a la ruina más rápido". Es decir, se reabre aquí la polémica que ya a principios del siglo se había abierto por la ampliación o la restricción del Consejo Mayor. En este contexto por lo tanto debemos entender la reivindicación de la existencia en Florencia de una "igualdad entre los ciudadanos", habituados a la libertad, "igualdad" que impediría, según su opinión, la constitución de un principado de los Medici. En resumen, Maquiavelo sostiene una vez más la política de Soderini, los intereses de los "beneficiados", ofreciendo su apoyo al partido de los Medici. Así como en el 1512 su advertencia a los *Palleschi* había caído en saco roto, también ahora su nuevo intento fracasa, al igual que el de Guicciardini, que en esos mismos momentos confiaba en la fundación de un Estado oligárquico en el cual los Medici fuesen solamente los primeros entre sus pares. Pero con una diferencia; mientras en 1512 su apelación a los partidarios de los Medici no lo había salvado de la caída, este nuevo escrito político suyo le obtiene, con el auspicio de Lorenzo Strozzi, ser presentado al cardenal, en marzo de 1520. "Me alegro mucho —escribió Felipe a su hermano Lorenzo el día 17 de marzo— que hayáis llevado a Maquiavelo a casa de los Medici; con sólo que consiga un poco de confianza por parte de sus amos, no hay duda que surgirá."

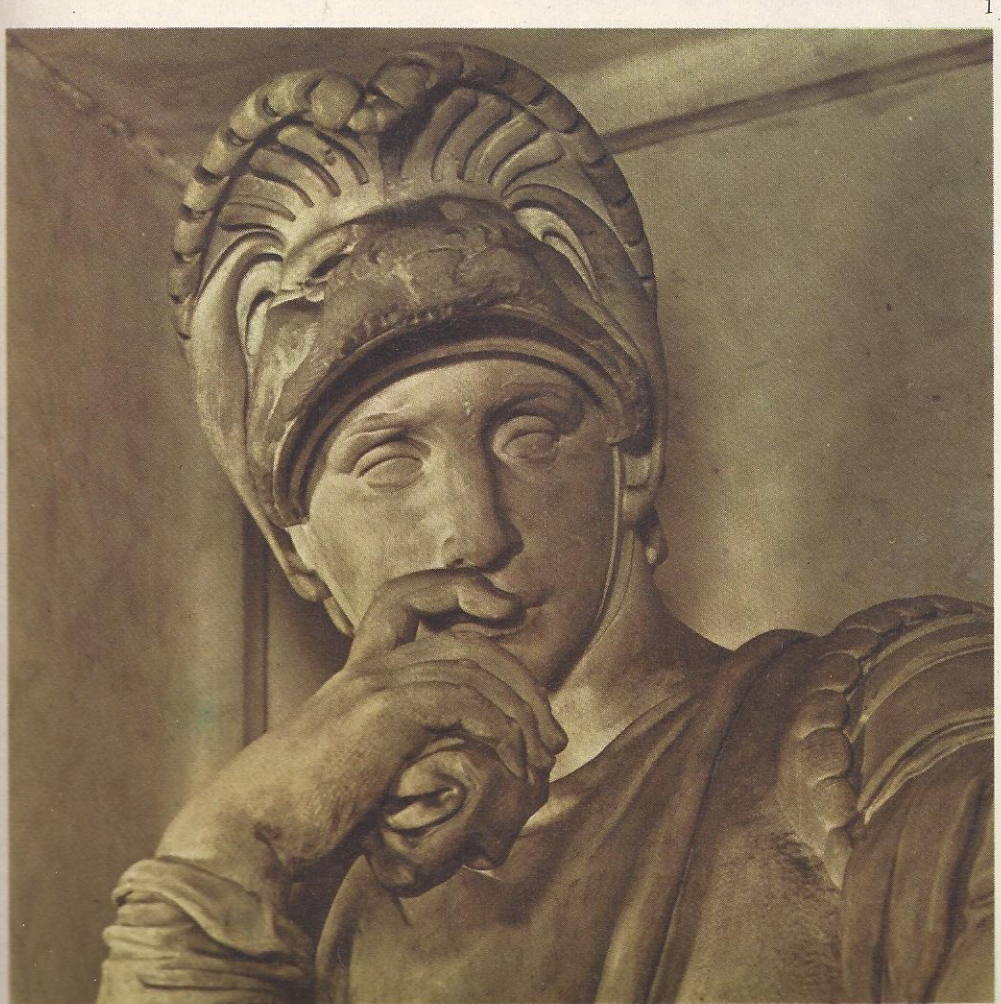
Sobre el arte de la guerra

Por esa época —y Strozzi estaba enterado— había comenzado a trabajar en una nueva obra que, como siempre en latín, tituló *De re militari*, pero que desde la primera edición, del 16 de agosto de 1521, tomó el nombre de *Arte de la guerra*. Redactada en forma de diálogo, la había ambientado en los Orti Oricellari, recordando la ocasión en que, a principios de setiembre de 1516, había visitado a Fabrizio Colonna, célebre *condottiero* * romano al servicio del emperador. Pero no hay que pensar que las ideas expuestas en el libro hayan surgido de la conversación con Colonna. Desde mucho tiempo atrás estaban bien dibujadas en la mente del autor y el episodio del encuentro sólo le sirvió para explicar, literariamente, qué era lo que lo había impulsado a poner por escrito sus proyectos de reforma militar, ambientando el desarrollo del diálogo en aquel cenáculo que lo había ayudado a resurgir. En efecto, el tratado sobre el *Arte de la guerra* sólo resulta comprensible si se tiene presente el texto de las dos leyes (resoluciones) redactadas por Maquiavelo en diciembre de 1506 y en marzo de 1512 para la constitución de la Ordenanza florentina, leyes que representan la coronación de sus esfuerzos por dotar a la

* Ver pág. 2 (Biografía de Leonardo da Vinci.).



1



2

1, 2. Juliano y Lorenzo de Medici, de Miguel Ángel, Florencia, capillas de los Medici (Arborio Mella).

3. Portada de las Historias florentinas,



HISTORIE FIORENTINE
DI NICCOLO MACHIAVEL
LI CITTADINO, ET SE
GRETARIO FIO
RENTINO.

AL SANTISS. ET BEATISS. PA
DRE. S. N. CLEMENTE SET
TIMO PONTEFICE
MASS.

M. D. XXXII.

3

1. Giovanni delle Bande Nere, de G. Vasari. Florencia, Palazzo Vecchio (Alinari).

2. Francisco Guicciardini, detalle de un retrato de autor anónimo. Florencia, Uffizi (Alinari).

3, 4. Escenas del saqueo de Roma.

5. Lansquenete.

En la página 195:

1. Retrato de Nicolás Maquiavelo, de Rosso Fiorentino, ejecutado probablemente entre 1517 y 1523. Florencia, propiedad de la condesa Sofía Serristori.



1



2

República de un ejército permanente según el modelo de la organización francesa de Carlos VII, perfeccionado por las experiencias de César Borgia que Maquiavelo estudió en el curso de la segunda legación ante el duque Valentino, así como por las observaciones sobre el reclutamiento de infantes alemanes, hechas durante la primera legación ante Maximiliano. Sin estas referencias históricas concretas el *Arte de la guerra* podría dar la impresión de una simple lectura de los clásicos adaptada y actualizada, con lo que la reforma que allí se propone no tendría consistencia ni base, mientras que por el contrario se fundamenta en un ideal político bien definido y concreto. Si esta obra ocupa un lugar de privilegio entre tantos escritos sobre arte militar que la precedieron y siguieron, se debe precisamente al descubrimiento del nexo indisoluble que une en ella el factor político con el factor militar.

Su núcleo central, sin la menor duda, está en la extensa descripción de la batalla donde, a diferencia de lo que acontecía en el ejército tradicional, los infantes de Maquiavelo adoptan la nueva estrategia que infaliblemente les dará la victoria. En este punto se interpreta realmente con minuciosidad el ejemplo antiguo, en un intento por encontrar un nuevo sistema militar que logre enfrentar con ventaja al cuadro de picas de los suizos, es decir, a aquel nuevo sistema de combate que marcó una revolución en la táctica militar, después que salieron vencedores en Morat (23 de junio de 1476). La dificultad está en que en esa búsqueda Maquiavelo cayó en un grave error, al no darse cuenta que el ejemplo antiguo, la descripción de Livio a propósito de la guerra entre romanos y latinos del año 338 a.C. –de donde la tomó él– no puede referirse a una táctica de combate, sino que con toda probabilidad debe entenderse como la descripción de maniobras militares realizadas para adiestramiento de los infantes en las marchas de formación. Además, al dar una excesiva importancia al método de combate suizo (el cuadro) Maquiavelo no percibirá el valor táctico de la artillería, que ya asomaba como arma no solamente de asedio, sino decisiva también en campo abierto.

Pero si la parte "técnica" resultó superada en el mismo momento en que su autor la presentó, lo que sigue teniendo validez es la afirmación constante de la indisolubilidad del problema militar y el político; la convicción de la necesidad de un comando único en la cumbre del Estado (de allí el rechazo de las armas mercenarias); la exigencia de un ejército compuesto de soldados dotados de un profundo amor por la patria, y que estén en consecuencia unidos a sus jefes políticos y militares no sólo por vínculos disciplinarios sino ante todo morales. Nos encontramos, pues, frente a la superación de aquellas restricciones que había impuesto la situación política florentina, en el momento en que se habían redactado las disposiciones para la infantería, de lo que hemos hablado antes. Mientras él escribía con su caligrafía nerviosa esa obra que lo haría famoso entre sus contemporáneos, un amigo de los Orti Oricellari, Bautista della Palla, intercedía en su favor ante el pontífice y podía informarle, el 26 de abril de 1520, que lo había "encontrado muy favorablemente dispuesto hacia vos". Tanto es así que como primera misión, intermedia entre servicio público y privado, Maquiavelo fue comisionado en julio por los priores [magistrados] y por el Confalonero de Justicia florentino, así como por el cardenal de Medici, para defender en Luca a unos mercaderes florentinos comprometidos en la quiebra fraudulenta de un descendiente corrompido de una de las mejores familias de esa República vecina: Miguel di Giovanni Guinigui. Y aprovechando que se encontraba en Luca, los oficiales de la Ceca * le agregaron otra misión, para resolver con los ancianos de Luca una cuestión de acuñamientos y medidas de peso.

Las "Historias florentinas"

En estas nuevas tareas Maquiavelo se arreglaba como podía, dotado de una experiencia anterior realizada, siempre por cuenta de mercaderes, dos años antes en Génova; aunque Juan Bautista Bracci le hubiera escrito un día con toda sinceridad diciéndole que una misión de esa clase era más bien para "un contador o para un secretario" que para alguien que había realizado tareas muy distintas al servicio de Florencia. Con todo la ocasión no fue desaprovechada, y pronto dio sus frutos: un ágil *Sumario de las cosas de la ciudad de Luca*, unido a informes *Sobre las cosas de la Magna y sobre las cosas de Francia*, así como a una reelaboración de la *Castrucci Antelminelli Castracani lucensis ducis vita* de Nicolás Tegrimi, que le sirvió como ensayo de la comisión que los Medici pensaban confiarle. El 6 de setiembre Zanobi Buondelmonti le escribía acusando recibo de su *Vida de Castruccio Castracani*, y le decía que tanto él como Luis Alamanni, Leonardo Guidotti, Jacopo da Diacceto y Antonio Francisco degli Albizzi la habían considerado "buena y bien escrita", y que, después de leerla, era la opinión "de todos que debéis embarcaros con toda diligencia en la redacción de esta historia", es decir, una historia de Florencia, que le encargarían los Oficiales del Estudio, el 8 de noviembre de ese mismo año, con una remuneración de cien florines. Recibía de esa manera el nombramiento

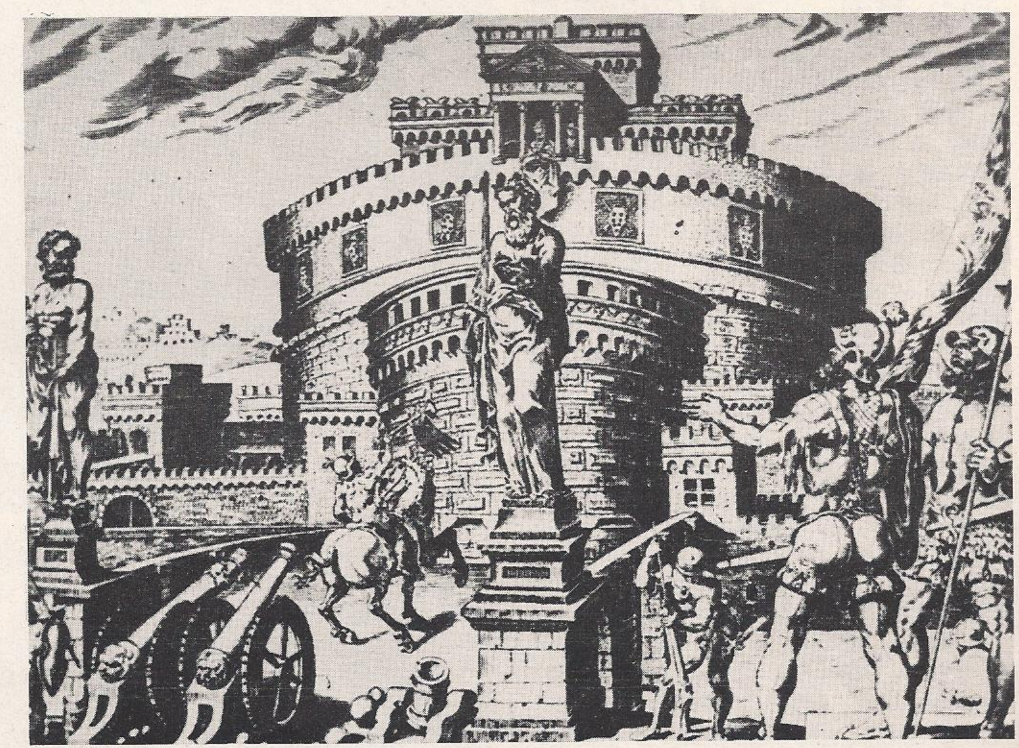
* Casa de moneda.

de historiador de la República, cargo que antes que él habían ocupado Leonardo Aretino, Poggio Bracciolini, Bartolomé Scala; y a estos autores que lo precedieron hará referencia él en el prólogo de su propia historia, pero más que nada para hacer notar la distancia que había entre la orientación que él daba a su obra y la que le habían dado los predecesores. "Al principio, cuando me decidí a escribir los sucesos acontecidos dentro y fuera del pueblo florentino, mi intención era comenzar la narración por el año 1434 de la era cristiana, año en que la familia de Medici, gracias a Cósimo y a su padre Juan, tuvo supremacía entre las familias de Florencia; porque pensaba que Leonardo de Arezzo y Poggio, excelentísimos historiadores, habían narrado detalladamente todo lo acontecido antes de ese momento. Pero habiendo leído después diligentemente sus escritos para ver el orden y la forma que utilizaban, a fin de que imitándolos yo en mi historia resultase la obra más aceptable a los lectores, he notado que han sido muy cuidadosos en la descripción de las guerras que los florentinos entablaron con príncipes y pueblos extranjeros, pero las discordias civiles y las amistades internas y los efectos que de ellas se siguieron, en parte las callaron completamente o sino las describieron tan brevemente que los lectores no pueden obtener de ellos utilidad ni placer alguno. No veo por qué estas luchas no merecerían ser descritas cuidadosamente. Y si a esos nobilísimos escritores los retuvo el temor de ofender la memoria de aquéllos sobre los que debían hablar, se engañaron y mostraron que conocían poco la ambición de los hombres y el deseo que tienen de perpetuar el nombre de sus antepasados y el de ellos mismos; y no tienen presente que muchos, no habiendo tenido oportunidad de adquirir fama a través de acciones loables, con las vituperables trataron de conquistarla; y no advierten que toda acción de importancia, como lo son las de los gobiernos y la de los estados, sean cuales fueren y cualquier fin que tuvieren, son causa para sus autores más de honor que de reprobación."

Nos encontramos, pues, de lleno, en la temática de los *Discursos*, donde se habían dedicado numerosos capítulos centrales al análisis de las luchas entre patricios y plebeyos, teniendo siempre presente la experiencia republicana y comunal florentina. Por lo tanto, si bien era necesario retomar la narración de los orígenes, mostrando los aspectos dejados de lado por Aretino y Bracciolini, era evidente que la mayor parte del análisis histórico estaría dedicado al período más reciente de la historia florentina, del surgimiento del poder de los Medici en adelante. En realidad Maquiavelo encontraba la ocasión de desarrollar desde el punto de vista his-



3



4



5

tórico la problemática que había abordado antes, desde el punto de vista político, en el *Discursus florentinarum rerum*. A esto se deben sobre todo ciertas distorsiones intencionales de los hechos, ciertas "falsificaciones" que más tarde se le reprocharán.

La realización de una tarea semejante, evidentemente, planteaba problemas de solución no tan fácil para quien era remunerado por el gobierno de los Medici: era difícil conservar la objetividad del juicio, y muchas presiones lo dificultaban. Por eso, en agosto de 1524, escribía a Guicciardini: "He estado y sigo estando en la villa a la espera de escribir la historia, y pagaría diez sueldos, por no decir más, para que vos estuvieseis a mi lado de modo que pudiese mostraros dónde me hallo, porque al tener que descender a ciertos detalles, necesitaría vuestra opinión para saber si ofenden excesivamente sea exaltando o rebajando las cosas; pero iré viendo y me las ingeniaré para que diciendo la verdad nadie tenga que quejarse." Más o menos al mismo tiempo le había confiado a Donato Giannotti (como él mismo lo relató más tarde): "Me es imposible escribir esta historia a partir de cuado Cósimo llegó al poder, como la escribiría si me sintiese completamente libre. Lo que narre será verdad, y no pasaré nada por alto, y sólo hablaré de las causas universales de las cosas. Por ejemplo, hablaré de los sucesos acontecidos cuando Cósimo llegó al poder, pero no diré nada del modo y de los medios con que se llega a esa altura. Y quien lo quiera oír, que escuche con atención lo que pondré en boca de sus adversarios, porque lo que no quiera decir yo, se lo haré decir a sus adversarios." En resumen, Maquiavelo, aun aceptando escribir para los Medici que antes había combatido, no reniega de sí mismo. Y el espíritu con que emprendía la tarea de interrogar al pasado reciente de su ciudad no era distinto al que lo había impulsado a ofrecer su propio apoyo a los "beneficiados", con el *Discursus florentinarum rerum* [Discurso sobre los asuntos florentino]. Las discordias internas "entre los hombres del pueblo y los nobles" había llevado a Roma "de una igualdad entre ciudadanos a una enorme desigualdad"; "las de Florencia, la han conducido de una desigualdad a una admirable igualdad". Esta tesis de las *Historias* es la misma que se expresa en el *Discursus*: "Si se quisiera un principado en Florencia, donde hay una gran igualdad, sería necesario primero crear la desigualdad, y establecer muchos nobles en castillos y villas, que oprimiesen la ciudad y la provincia entera con la fuerza de las armas y de los protectores". Para él, en esos años cruciales Florencia era un estado abierto a todas las posibilidades. Podía seguir siendo republicana, podía caer bajo el dominio de un príncipe. Para Maquiavelo, naturalmente, la forma constitucional más adaptada a la ciudad era la primera: "y mientras que Roma, habiéndose transformado su virtud en soberbia, se redujo a tales términos que sólo un príncipe podía gobernarle, Florencia ha llegado a un punto en que un sabio legislador podría darle la forma de gobierno que quisiera". Y sabemos que, para el autor de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, el sabio legislador seguiría el ejemplo de Escipión más bien que el de César.

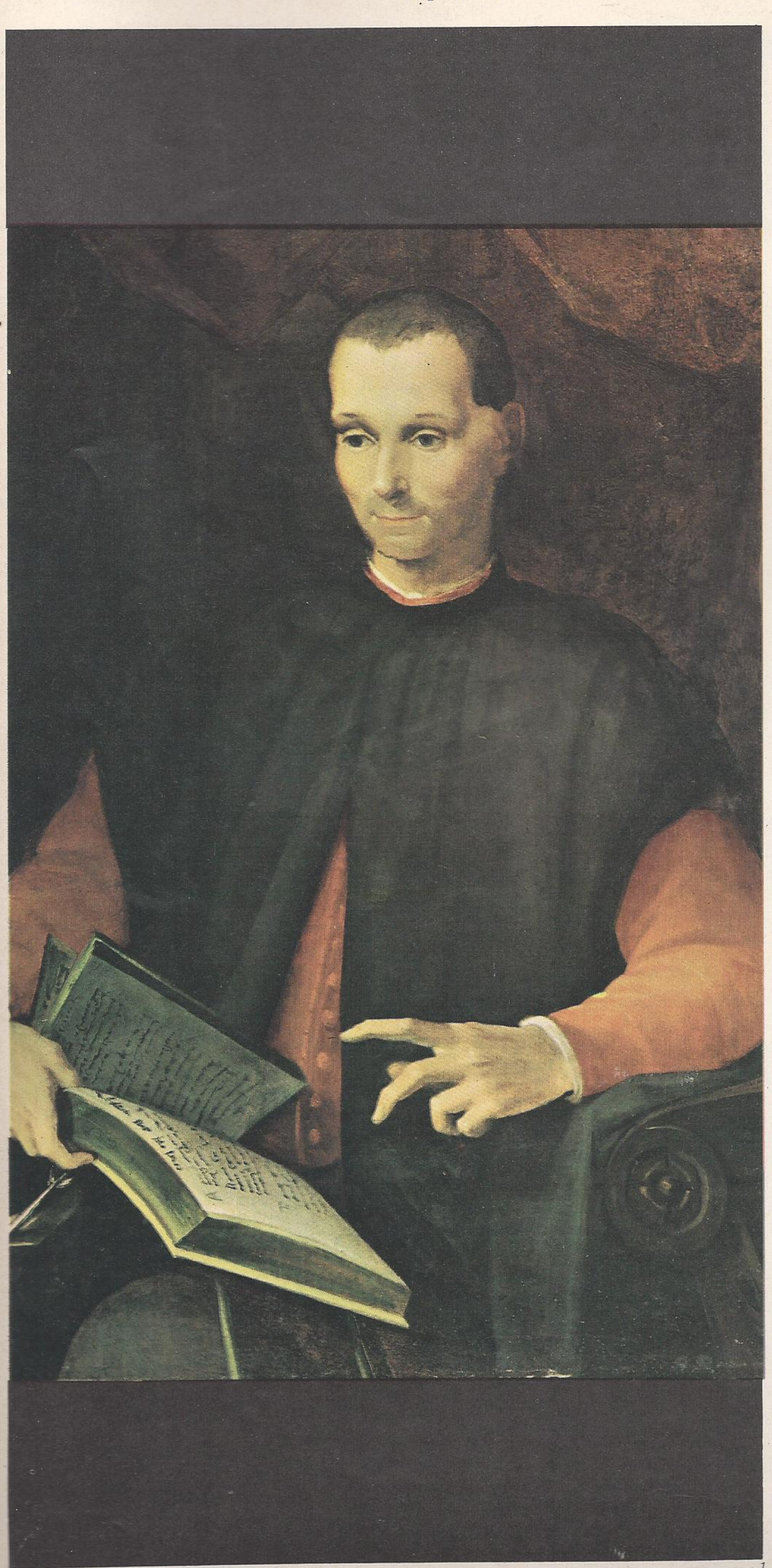
Los ocho libros de las *Historias* fueron presentados por su autor al cardenal Julio, que mientras tanto había ascendido al trono pontificio con el nombre de Clemente VII, en mayo de 1525, en un momento "poco propicio para leer y donar", como le había advertido Vettori desde Roma, al enterarse de su intención de viajar personalmente. Pero el pontífice aceptaba agradecido el obsequio, y le regalaba 120 ducados de oro prometiéndole un aumento de la remuneración para los libros restantes, que nunca llegó a escribir.

¡Y verdaderamente no era ése momento de leer ni de hacer regalos! El dramático desenlace de la batalla de Pavía, en febrero de ese mismo año, había dejado de repente sin defensa al papa Medici, entregándalo a merced del emperador Carlos V, señor ya de Nápoles y del ducado de Milán. Como dirá Guicciardini, Clemente VII estaba "lleno de ansiedad y de temores, y no tenía de dónde sostenerse". Pero Maquiavelo, que se encaminaba a Roma con el manuscrito de las *Historias* en sus alforjas, creía tener el remedio oportuno, y la presentación de los primeros capítulos de su obra sería sólo el pretexto para abogar por sus ideas. En el vacío de poder que había producido en Italia y Europa el encarcelamiento del rey de Francia, era necesario que el pontífice pudiese oponer una fuerza militar propia a los ejércitos imperiales acampados en la llanura del Po. Que el papa instituyese su organización, sus milicias; el material humano existía: Romaña, con sus célebres infanterías. Una vez más, Maquiavelo difundía sus ideas, y lograba convencer a los consejeros del papa, el arzobispo Niklaus Schomberg y Jacopo Sadoleto, y hasta al mismo Clemente, hasta el punto que Sadoleto escribía a Guicciardini, por ese entonces presidente de la provincia de Romaña, que el proyecto de la nueva organización, "aparte de su importante contenido, incluye propuestas que pueden significar la salvación, no sólo del Estado eclesiástico sino de toda Italia y, prácticamente, de la cristiandad entera". La ampulosidad y la exageración de estas palabras de presentación no bastaron para convencer a Guicciardini, que sabía muy bien que los pobladores de Romaña no eran ya ni los infantes de Val di Lamone organizados por la sagaz conducción de Dionisio de Naldi, ni los súbditos comandados enérgicamente por Ramiro de Lorca en la época del ducado de Borgia. "Hoy las regiones de Romaña están incluidas dentro de los límites de la provincia, pero ideas y prácticas están vinculadas con príncipes extranjeros, los güelfos a Francia o a quien se presente a nombre de ellos, los otros al Emperador, de modo que la realidad es que la Iglesia no tiene parte ni amigos." ¿Y con estos hombres se pretendía organizar la nueva milicia, corriendo el riesgo de verla disgregarse al primer choque como nieve al sol, para irse cada cual por su lado, los partidarios de los franceses con Francia y los gibelinos con los imperiales? De modo que el viaje de Maquiavelo a Faenza para ver a Guicciardini quedó en la nada, y no le quedó más que volverse a Florencia, a la espera de nuevas misiones más exitosas que ésta.

El 17 de agosto los Cónsules [Oficiales] del Arte de la Lana lo comisionaron para desempeñar otra misión mercantil, esta vez en Venecia. Pero lo que finalmente lo devolvió a la vida activa que tanto ansiaba fueron los acontecimientos internacionales. Cuando Carlos V decidió liberarse de aquel importante pero molesto prisionero que era Francisco I, inmediatamente se vio claro que la guerra recomenzaría, no obstante los acuerdos a que se hubiese llegado con el prisionero.

Has de saber que no soy yo Argos como [parezco
ni estos ojos fueron de él jamás,
pero basta con que sean ojos y
que a príncipes cristianos mucho han [mirado:
y ahora resulta que el loco
Carlos rey de romanos y el virrey
para no verlo más han dejado ir al rey.

Así se burló Maquiavelo de la política de Carlos V, pero mientras tanto en Roma se pensaba en arbitrar las medidas de defensa y también en Florencia que se consideraba vulnerable en sus murallas. Se mandó allí al conde español Pedro Navarra, pero se quiso poner a su lado a Maquiavelo, reconocido ya como teórico del arte militar. Después de un primer informe sobre el estado de las fortificaciones de la ciudad, enviado a Roma a principios del mes de abril, fue convocado él mismo a Roma, de donde volvió a salir el 27 de ese mismo mes, con la orden de preparar los trabajos y de establecer los organismos que debían vigilar las obras. La resolución correspondiente, por la que se constituía la magistratura de los Cinco proveedores de las murallas, fue redactada por el mismo que propuso la nueva magistratura, de la que también él era miembro y canciller, como



en épocas pasadas, y tomó como ayudante para el cargo a su hijo Bernardo.

Un estratega en el campamento

Al darse cuenta de que ya ha superado la pendiente, se siente animado de un nuevo dinamismo. El 18 de julio de 1526 lo encontramos en el campamento pontificio, junto a Guicciardini, en calidad de experto militar: "Maquiavelo se encuentra aquí —escribió ese día el lugarteniente general del ejército a Roberto Acciaiuoli—; había venido para reorganizar esta milicia, pero después de ver lo viciada que está, no confía en poder hacerlo honrosamente. Se dedicará a reírse de los errores de los hombres, ya que no los puede enmendar." Y la respuesta de Acciaiuoli a Guicciardini: "Aprecio mucho que Maquiavelo haya decidido reorganizar las infanterías. Quisiera Dios que se realizase lo que él tiene en la mente; pero temo que sea como la República de Platón. Con todo creo que sería mejor que volviese a Florencia, y cumpliese su misión de fortificar las murallas, porque los tiempos que corren parecen indicar que habrá necesidad de ellas."

Acciaiuoli no era el único que dudaba de la capacidad de Maquiavelo para reorganizar esas tropas, y no precisamente porque —como decía Guicciardini— ellas estuviesen demasiado viciadas. Bandello, en la dedicatoria de un cuento que dedicó a Juan de Medici, nos ha dejado una sabrosa descripción de su inexperiencia en campamento, después de haber hablado tanto sobre el arte de la guerra: "Él debería recordar aquel día en que, junto a Milán, nuestro ingenioso señor Nicolás Maquiavelo quiso concretar la organización de infantes de la que mucho tiempo antes había hablado tan extensamente en su libro sobre arte militar. Se vio entonces toda la diferencia que hay entre quien sabe y no ha puesto en obra lo que sabe y aquel que además de saber ha puesto muchas veces las manos en la masa, como se suele decir, y ha trasladado el pensamiento y concepto de su mente a la realidad exterior . . . Aquel día el maestro Nicolás nos tuvo en movimiento bajo el sol por más de dos horas, tratando de ordenar tres mil infantes según el ordenamiento que había escrito, y no consiguió hacerlo. Pero él hablaba tan bien y con tanta claridad que yo, que no entendía nada de eso, al oír sus discursos y exposiciones me sentía capaz de organizar con toda facilidad aquella infantería . . . Y al ver vos que el maestro Nicolás no iba a conseguirlo tan rápido, me dijisteis: 'Bandello, yo voy a areglar esto, y todos podremos irnos a comer.' Dijisteis entonces a Maquiavelo que se fuese y os dejase actuar a vos, y en un abrir y cerrar de ojos, con la ayuda de los tambores, formasteis a esa gente en diversos modos

1

y maneras, con gran admiración de quienes estaban presentes."

Por fin, al ver que no podía poner en práctica sus teorías en el enfrentamiento con Milán, pero no queriendo tampoco volver a Florencia a hacer el papel de guardián de las murallas, Nicolás prefirió elegir el puesto de comisario, representante y secretario de su amigo el lugarteniente. Después del vergonzoso fracaso del sitio de Milán, trató de convencer a los jefes militares de la alianza para que realizasen un ataque general contra Cremona, y discutió los planes de guerra con el duque de Urbino y con el superintendente veneciano Pedro Pesaro, en base a las directivas que había dado Guicciardini; y cuando la inesperada tregua firmada en Roma por el pontífice aventó todos los esfuerzos realizados hasta ese momento, se quedó de todas maneras junto al lugarteniente tratando de salvar lo salvable de la única manera posible: dejando del otro lado del Po a Juan de Medici con sus tropas, engrosadas lo más posible con infantes pontificios. Pero los sueños de una nueva Fornovo se habían disipado para siempre. Un sueño en el que el mismo Maquiavelo había creído por un momento, él, que durante su destierro en Sant'Andrea había escrito a Vettori burlándose de esas quimeras: "En cuanto a la unión de los italianos, me hacéis reír: en primer lugar porque no hay unión alguna que pueda servir para bien alguno; y además, aunque los jefes estuviesen unidos no sería suficiente, porque las armas que hay no valen ni un cuarto..." Con todo, a pesar de haber visto de cerca junto a los muros de Milán lo que valían esas armas, creyó por un momento en la unidad de los jefes. ¿Podía prever que el Papa se iba a comportar "como un niño"?

Los lansquenetes * en Italia

Volvió a Florencia demasiado tarde para aceptar la invitación del pontífice para ir a Roma como comisario de las tropas enviadas a desalojar de sus fortalezas a los Colonna que se habían rebelado. Pero le tocarían misiones de índole muy distinta. En noviembre bajaban como un torrente desde Bolzano diez mil lansquenetes y, al no ser detenidos por los venecianos, llegaban el 20 del mismo mes a Castiglione delle Stiviere, debajo de Desenzano. En un último intento por impedirles el pasaje del Po, caía el 25 en Borgoforte la única esperanza que le quedaba al ejército antiimperial: Juan dalle Bande Nere. Cinco días después de esa batalla los florentinos, aterrorizados por las noticias que llegaban de minuto en minuto, enviaban su canciller a Guicciardini. Maquiavelo encontró al lugarteniente en Módena, aturdido y desesperado por lo que estaba aconteciendo. El ejército de la Liga, después de la defección del Papa, estaba fraccionado a uno y otro lado del gran río, indiferente al avance de los lansquenetes. Los florentinos, como de costumbre, estaban dispuestos a negociar con el enemigo, con tal de salvarse de un saqueo más que probable; pero cuando Maquiavelo, en nombre de los Ocho de Práctica [Junta gubernativa], expuso este proyecto a Guicciardini, éste le respondió que: "era algo inútil e infructuoso, porque el intento de sobornar a los alemanes o de llegar a un acuerdo con ellos no tendría éxito..." Según su opinión, lo único que se podía intentar era reconstruir por cualquier medio la unidad del ejército de la Liga, volviendo a crear la confianza entre los aliados. Para hacerlo, era necesario que Clemente VII diese pruebas patentes e inequívocas de su ruptura con Carlos V: "hace falta volver a ganar a los confederados distanciados por ese acuerdo: lo cual, aunque vuestra defensa coincide con los intereses de ellos, no lo podréis nunca obtener mientras no os vean tan desavenidos con los imperiales como para que se convenzan de que ya es imposible cualquier acuerdo". Para probarlo, Guicciardini proponía el arresto a traición de los plenipotenciarios imperiales en Roma, y la venta simoníaca de algunos capelos cardenalicios para financiar el ejército; "de otra manera el temor de que la ayuda que os prestasen fuese a servir para que vosotros consigueiseis un arreglo más soportable, los haría andar siempre remisos..."

Ideas que compartía Maquiavelo, quien, después de volver por corto tiempo para dar cuenta del resultado de su misión y para vigilar los preparativos de la defensa, había regresado en febrero de 1527 y estaba con Guicciardini yendo con él en procesión detrás del ejército de los lansquenetes, que se movía inquieto —y sin que nadie lo molestase— entre la nieve y el barro de Emilia, indeciso aún entre dirigirse a Florencia o directamente a Roma. Hasta que por fin, al retirarse el ejército pontificio para defender a Florencia y al unírsele a último momento las tropas del duque de Urbino, los lansquenetes decidieron renunciar a una empresa demasiado arriesgada y atacar directamente la capital de la Cristiandad, decididos, en nombre de la nueva fe luterana, a castigar la Ciudad Eterna por su simonía.

Dentro de los muros de Florencia, mientras tanto, la ocasión daba alas a los opositores de los Medici para liberarse del gobernador pontificio, el cardenal de Cortona; la noticia de la caída de Roma llega a Florencia el 11 de mayo, y tiene como consecuencia a abolición del gobierno de los Medici y el restablecimiento de la consecuencia la abolición del gobierno de mento Maquiavelo estaba en Civitavecchia, enviado por Guicciardini al almirante Doria. Volvió a Florencia con la esperanza de que el nuevo régmien republicano lo reintegrase a su antiguo puesto en la Segunda Cancillería, pero sólo encontró animadversión en sus conciudadanos. Según el testimonio de Juan Bautista Busini en sus *Cartas a Benito Varchi*, el pueblo florentino "lo odiaba a causa de *El Príncipe*; los ricos opinaban que ese *Príncipe* había sido un documento ordenado a enseñar al Duque "a arrebatarles a ellos todos los bienes, y a los pobres toda su libertad"; los partidarios de Savonarola opinaban que era un hereje, los buenos que era un deshonesto, los miserables que era más miserable o más poderoso que ellos; de modo que todos lo odiaban..." Pero tal vez la causa de este odio era otra, no la que nos quiere hacer creer la malevolencia de Busini: tal vez era que entre un Maquiavelo de sesenta años y los jóvenes que gritaban "libertad" en la plaza de la Señoría existía ahora la cruel incomprensión que separa siempre una generación de otra. Dejando de lado que los hilos de esta rebelión los movían en realidad no la plaza, sino aquellos poderosos que siempre habían visto en él a un enemigo.

Y Maquiavelo, destruido por el dolor, moría el 21 de junio, rodeado únicamente por sus amigos de los Orti: Francisco del Nero, Zanobi Buondelmonti, Felipe Strozzi, Luis Alamanni y el historiador Jacopo Nardi.

---

* Lansquenetes: nombre dado en el siglo xv a soldados mercenarios alemanes que combatían bajo enseñas nacionales y comandados por oficiales de su mismo idioma.

Bibliografía

Obras completas, 8 t., editadas por Feltrinelli, bajo la dirección de S. Bertelli y F. Gateta, Milán, 1960-1965 (en italiano).

En español: *Obras*, Barcelona, Vergara; *Obras políticas*, Buenos Aires, El Ateneo; *El príncipe*, Buenos Aires (Austral 69), Espasa Calpe; *El príncipe* y *Escritos políticos*, 4ª ed., Madrid, Aguilar.

La cantidad de ensayos dedicados a Maquiavelo o a aspectos determinados de su pensamiento es infinita. El lector puede consultar la más reciente en *M. and the Renaissance*, de F. Chabod, Londres, 1958. Además, en español, se recomienda la lectura de Fueter Ed., *Historia de la historiografía moderna*, 2 tomos, Buenos Aires, Nova; Romero, José Luis, *Maquiavelo, historiador*, Buenos Aires, Nova; Arocena, Luis A., *Maquiavelo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina (en prensa).

El fascículo Nº 67 de

LOS HOMBRES de la historia

la Historia Universal
a través de
sus protagonistas

contiene la biografía
completa e ilustrada de

Luis XIV

Figura relevante en la historia de Francía y de Europa en la segunda mitad del siglo XVII, imagen inigualada del soberano absoluto.



¡Un momento apasionante de la historia que usted debe conocer!



CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA

Publicación semanal



Periódicamente -y por una suma muy accesible- Ud. podrá canjearlos por magníficos volúmenes encuadernados.

Están en venta todos los números anteriores para formar la colección completa.

Conserve y coleccione los fascículos de

LOS HOMBRES de la historia

en perfecto estado *

Precio de venta				
	ARGENTINA: $ 140.-	CHILE:	GUATEMALA:	PARAGUAY:
	BOLIVIA:	REP. DOMINICANA:	HONDURAS:	PERU: S/. 18
	COLOMBIA: $ 7.-	ECUADOR:	MEXICO: $ 5	PUERTO RICO:
	COSTA RICA:	EL SALVADOR:	NICARAGUA:	URUGUAY: $ 90
	CUBA:	ESPAÑA:	PANAMA:	VENEZUELA: Bs. [illegible]